

1162
211

9224

OBRAS

DE

PEDRO ESPINOSA

COLECCIONADAS Y ANOTADAS

POR

D. FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

INDIVIDUO DE NÚMERO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,
PREEMINENTE DE LA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS Y CORRESPONDIENTE DE LA DE LA HISTORIA
Y DE LA *Hispanic Society of America* DE NUEVA YORK.

COMPLEMENTO DE LA MEMORIA SOBRE ESPINOSA

QUE PREMIÓ

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

IMPRESO IGUALMENTE Á SUS EXPENSAS

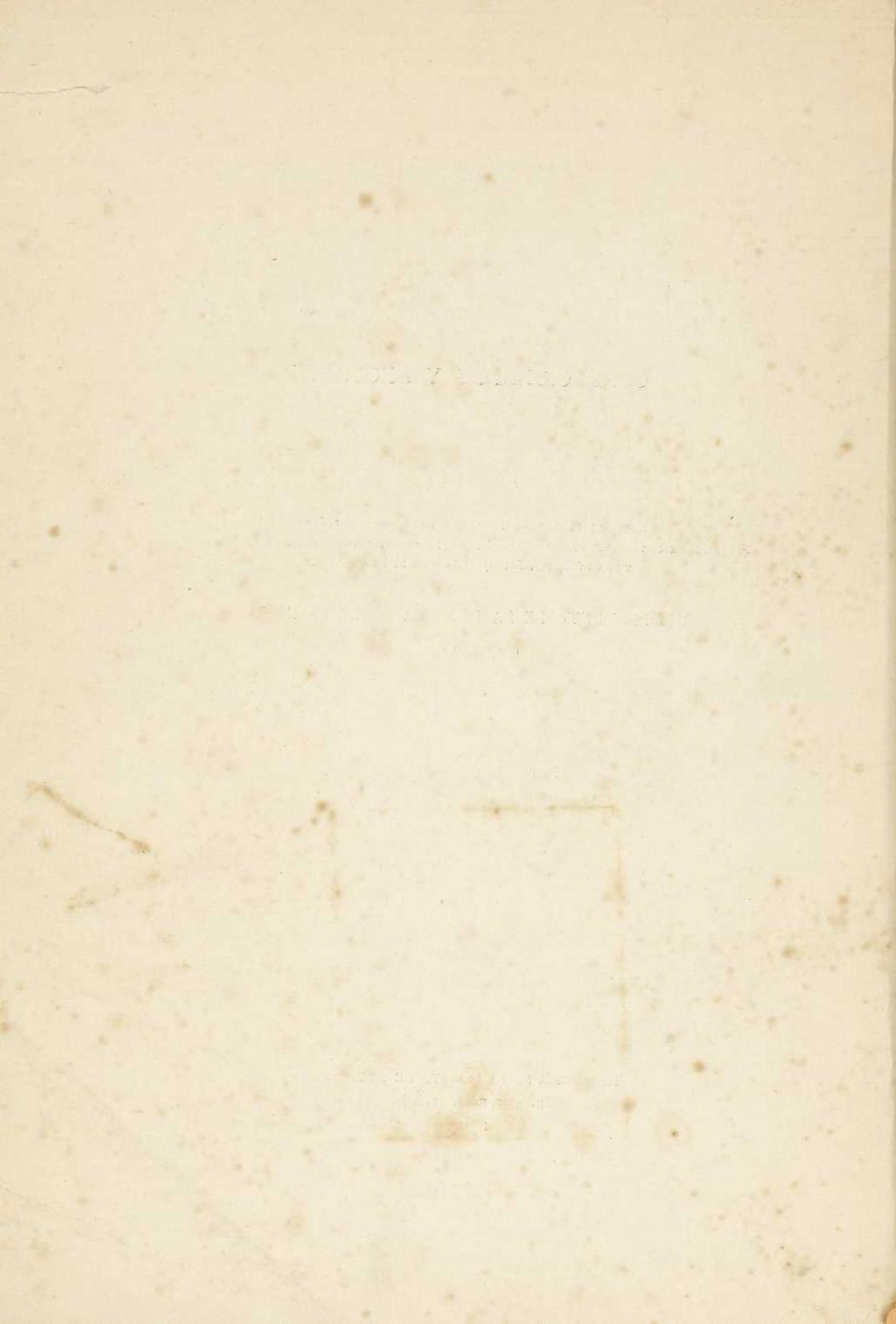


MADRID

TIPOGRAFÍA DE LA REVISTA DE ARCHIVOS

Infantas, núm. 42, bajo.

1909



2D4
b15

Al Sr. D. Narciso Sentenadi, muy docto escritor y
muy hábil artista,

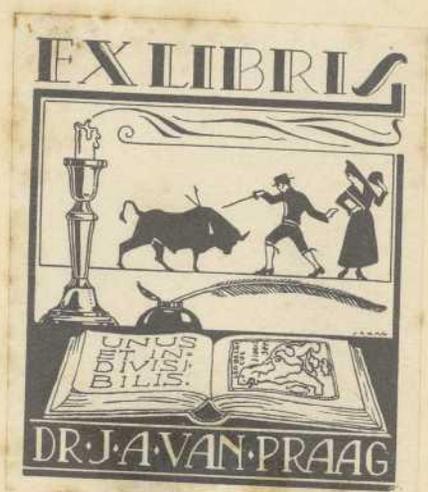
su affmo amigo y retratado

Francisco Rodriguez
Marín

OBRAS DE PEDRO ESPINOSA

Amsterdams, 30 Dec. 1732

J. van Praag





P. 36165

117

OBRAS
DE
PEDRO ESPINOSA

COLECCIONADAS Y ANOTADAS

POR

D. FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

INDIVIDUO DE NÚMERO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,
PREEMINENTE DE LA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS Y CORRESPONDIENTE DE LA DE LA HISTORIA
Y DE LA *Hispanic Society of America* DE NUEVA YORK.

COMPLEMENTO DE LA MEMORIA SOBRE ESPINOSA

QUE PREMIÓ

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

IMPRESO IGUALMENTE Á SUS EXPENSAS



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LA REVISTA DE ARCHIVOS

Infantas, núm. 42, bajo.

1909

OBRA

PEDRO ESPINOSA

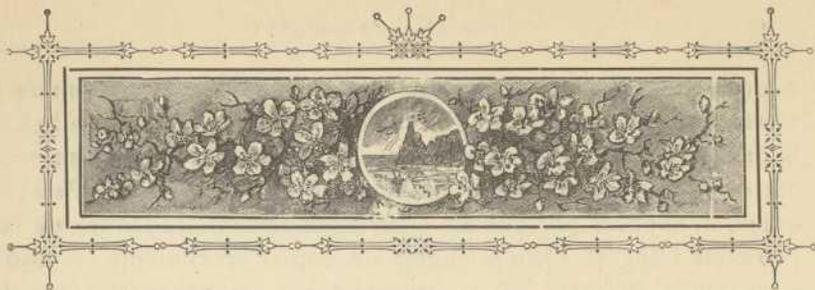
CONFERENCIAS Y VIGILIAS

D. FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

MADRID
1910

AL
EXCMO. AYUNTAMIENTO
DE LA MUY NOBLE Y LEAL
CIUDAD DE ANTEQUERA
ILUSTRE CUNA
DE
PEDRO ESPINOSA
DEDICA RESPETUOSAMENTE
LA COLECCIÓN DE SUS OBRAS
SU BIÓGRAFO
FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN
M.CMIX



ADVERTENCIA PRELIMINAR

Hoy ven la luz pública, juntas en colección y ligeramente anotadas, las obras que, así en verso como en prosa, escribió el insigne antequerano á cuya diligencia y á cuyo buen gusto poético debió nuestra literatura la preciosa antología intitulada *Flores de poetas ilustres*. Tales obras — ya lo dije en otro lugar — son muy dignas de salir de molde en nuestros días, no sólo por su mérito y originalidad y como necesaria ilustración de mi estudio acerca de ESPINOSA, sino también y principalmente porque se han hecho harto difíciles de hallar las más de ellas, cuyos ejemplares, únicos ó casi únicos, paran hoy en la escogida biblioteca de la *Hispanic Society of America*, fundada en Nueva York por el muy docto y desprendido hispanófilo Mr. Archer Milton Huntington.

Como lo ofrecí antaño, siguen á las obras de ESPINOSA unas *Adiciones y enmiendas* á mi estudio sobre este autor, y en las últimas páginas añado un *Glosario* de las voces y frases usadas por él que pueden y creo que deben tomarse en cuenta al preparar las ediciones futuras de nuestro diccionario vulgar. Alguna de las obras del insigne antequerano, la novela de *El Perro y la Calentura*, merece y necesita un comentario semejante al que D. Francisco de Paula Seijas y Patiño escribió para ilustrar el sabrosísimo *Cuento de cuentos* de Quevedo; pero ¿adónde iba yo por el vagar, y, ante todo, por el saber que requiere tan ardua empresa?

En conclusión (y cúrome en salud, saliendo al encuentro á las censuras de algunos escritores), proclamo que no he reproducido la ortografía de los textos que transcribo, por las razones que

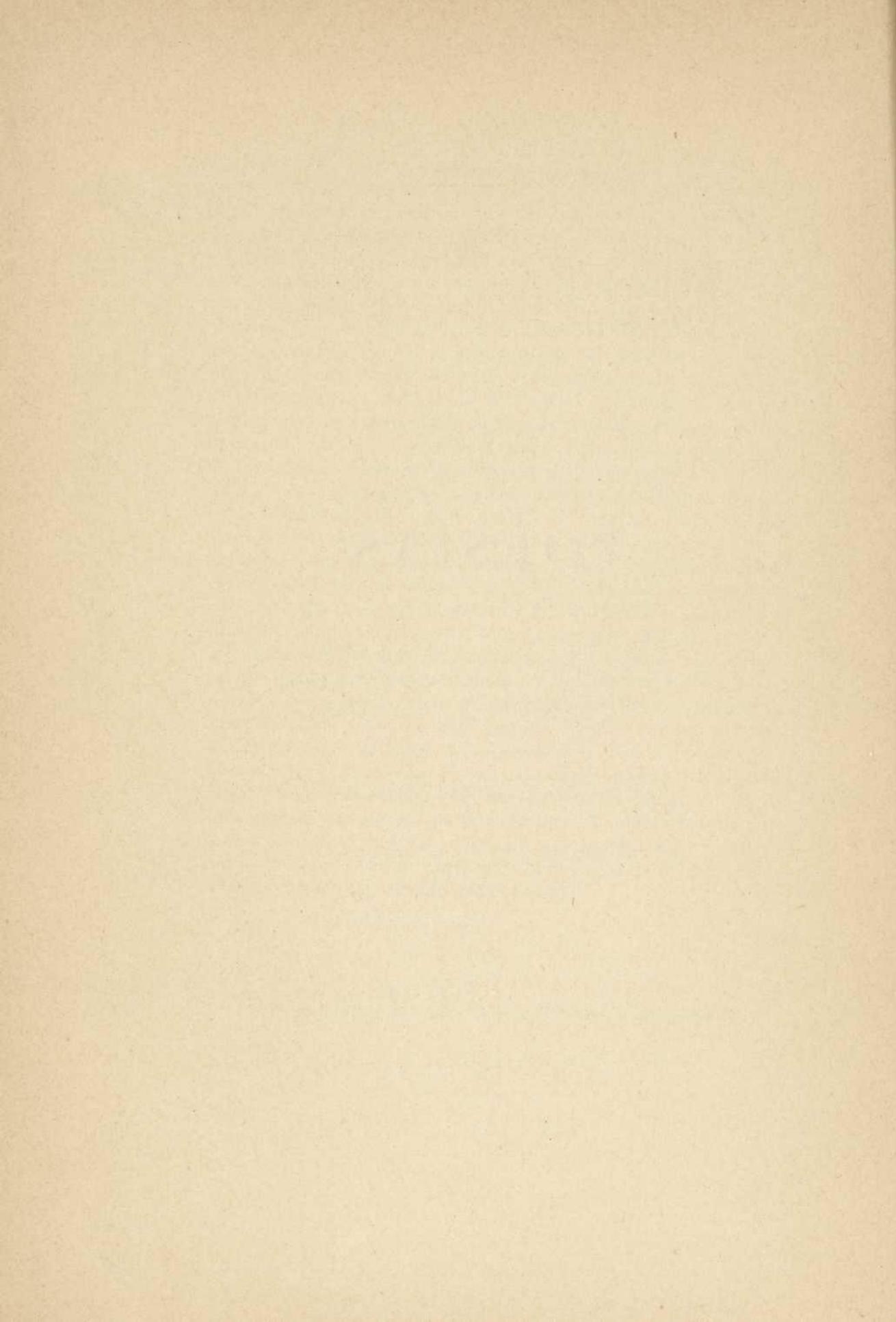
expuse en el *Discurso preliminar* de mi edición de *Rinconete y Cortadillo* (1). Adoptando, fuera de lo estrictamente morfológico, la ortografía de la Real Academia Española, voy en la inmejorable compañía de mi sabio maestro el Sr. Menéndez y Pelayo, quien, al explicar por qué en la hermosa edición académica de las *Obras de Lope de Vega* no había de copiar servilmente los antiguos textos, dijo (2): «Si se atiende á que las obras de Lope de Vega, como toda nuestra literatura de los siglos XVI y XVII, no son para los españoles todavía un documento arqueológico, como pueden serlo para un profesor de lenguas romances, sino que son cosa viva y actual..., no parecerá cosa tan desacordada imprimir las comedias de Lope con la misma ortografía con que desde hace siglo y medio se están imprimiendo, para los más doctos como para los más rudos de nuestro pueblo, *El Ingenioso Hidalgo*, la *Guía de Pecadores*, las *Moradas* de Santa Teresa, los más grandes libros castellanos, que son al mismo tiempo los más populares. ¿A qué hemos de romper esta solidaridad, este vínculo espiritual que liga á los españoles de hoy con los gloriosos españoles de otra edad mejor, haciendo, v. gr., ilegible el *Quijote*, por el empeño pedantesco de reproducir la ortografía de Juan de la Cuesta, que, probablemente, consistía en no tenerla? Publíquense enhorabuena con estricto rigor paleográfico (y no de otro modo deben publicarse) todos los monumentos literarios anteriores á la era de los Reyes Católicos, pero séanos lícito disfrutar, como de cosa familiar y doméstica, de todo el tesoro de nuestras letras clásicas, y no nos empeñemos en ahuyentar á las gentes de la lección de nuestros autores de la edad de oro, presentándolos en textos de aspecto repulsivo, sólo para que algún filólogo tenga el placer de saber á ciencia cierta que Calderón, en *El Mágico prodigioso* (verso 754), escribió *hedad* con *h*.»

Madrid, 10 de Noviembre de 1909.

(1) Sevilla, 1905, págs. 237 y 238.

(2) Tomo II (1892), págs. XIX y XX de las *Observaciones preliminares*.

POESÍAS





PARTE PRIMERA

(159...-1605)

SONETOS AMOROSOS

I

AL GUADALHORCE

Honra del mar de España, ilustre río
Que con cintas de azándar y verbena
Ciñes tu margen, de claveles llena,
Haciendo alegre ultraje al cierzo frío,
Si ya con tierna planta y dulce brío
Vieres la ingrata, causa de mi pena,
Hurtar tus perlas y pisar tu arena,
Baña sus huellas con el llanto mío.

Así la Aurora vierta por tu orilla
Canastillos de aljófár y esmeraldas,
Olor las auras, flores el verano.

Y, si esto es poco, así mi pastorcilla,
Cuando tus lirios ponga en sus guirnaldas,
Te dé licencia de besar su mano.

II

Estas purpúreas rosas que á la Aurora
Se le cayeron hoy del blanco seno,
Y un vaso de pintadas flores lleno,
¡Oh dulces auras! os ofrezco agora,
Si defendéis de mi divina Flora
Con vuestras alas el color moreno,
Del sol, que, ardiente y de piedad ajeno,
Su rostro ofende porque el campo dora.
¡Oh hijas de la Tierra peregrinas!
Mirad si tiene Mayo en sus guirnaldas
Más frescas rosas, más bizarras flores.
Llorando les dió el Alba perlas finas;
El Sol, colores; mi afición, la falda
De mi hermosa Flora, y ella, olores.

III

Levantaba, gigante en pensamiento,
Soberbios montes de inmortal memoria
Para escalar el cielo, en cuya gloria
Procuraba descanso mi tormento,
Cuando bajaron rayos por el viento
Vestidos de venganza y de vitoria,
Y, renovando de Tifeo la historia,
La máquina abrasaron de mi intento.
Y ya Paquino, Lilibeo y Peloro
Me oprimen con pesada valentía,
Y mi pecho es ardiente Mongibelo.
Perdón, señora, pues mi culpa lloro;
No mostréis más que son, á costa mía,
Vuestros ojos los rayos, vos el cielo.

IV

Llegó Diciembre sobre el cierzo helado
Y de flores el campo vió vestido,
Y la redonda llama del sol vido
Sin luz, y el cielo de otra luz honrado.

Paróse el mes en felpas aforrado
Por mirar el milagro nunca oído,
Cuando á mi Sol de lumbre vió ceñido,
Que el cielo alumbrá, que enriquece el prado.

La admiración de maravillas tantas
Obligó al mes, y el caso sin segundo,
Á contemplar la luz del claro rayo.

Mas huyó luego con veloces plantas,
Porque, mudando el natural del mundo,
Se iba ya convirtiendo en mes de Mayo.

V

El sol á noble furia se provoca
Cuando sin luz lo dejás descontento,
Y, por gozarte, enfrena el movimiento
El aura, que de gloria se retoca;

Tus bellos ojos y tu dulce boca,
De luz divina y de oloroso aliento,
Envidia el claro sol y adora el viento,
Por lo que el uno ve y el otro toca.

Ojos y boca, que tenéis costumbre
De darme vida, honraos con más despojos;
Mi ardiente amor vuestra piedad invoca.

Fáltame aliento, y fáltame la lumbre:
¡Prestadme vuestra luz, divinos ojos!
¡Beba yo vuestro aliento, dulce boca!

VI

Á ANTONIO MOHEDANO

Pues son vuestros pinceles, Mohedano,
 Ministros del más vivo entendimiento,
 Almas que le dan vida al pensamiento
 Y lenguas con que habla vuestra mano,
 Copiad divino un ángel á lo humano
 De aquella que se alegra en mi tormento,
 Porque tenga á quien dar del mal que siento
 Las quejas que se lleva el aire vano.

Cuando el original me diere enojos
 Quejaréme al retrato; que esto medra
 Quien trata amor con quien crueldades usa.

Mas temo que quedéis, viendo sus ojos,
 Como quien vió á Campestre, ó á Medusa:
 Enamorado, ó convertido en piedra.

MADRIGALES

I

En una red prendiste tu cabello,
 Por salteador de triunfos y despojos,
 Y, siendo el delincuente (1)
 Lo sueltas, y me haces dél cadena.
 No fies dél, ¡oh lumbre de mis ojos!
 Que es lazo, y mucho se te llega al cuello;
 Llégalo al mío, y pagaré la pena,
 Porque diga el Amor, siendo testigo,
 Que mi premio nació de su castigo.

(1) Quirós de los Ríos, en la edición moderna de las *Flores de poetas ilustres* leyó «él delincuente».

II

Pobre viste, perdiendo tu decoro,
Arroyuelo gentil, con noble pena,
Lecho y margen sin oro ni verbena,
Agua sin lustre, arena sin tesoro.
Mas ya miras riquezas al trasfloro
Después que el nombre de mi Laura suena,
En lecho, en agua, en margen, en arena,
De perlas, de cristal, de flores, de oro.

III

Vuela más que otras veces;
Sol, desenlaza libre tu presteza,
Y mira no tropieces
En tu misma furiosa ligereza.
No alcancen á tus postas voladoras
Con pies de viento las sucintas horas;
Que con más honra volarás rogado
Que de mi sol vencido y afrentado.

Á CRISALDA

CANCIÓN

Selvas donde en tapetes de esmeralda
Duerme el verano alegre,
Plantas cuyas cortezas
Ilustré con el nombre de Crisalda,
Calvos peñascos, voladoras aves,
Tembladores arroyos (1)

(1) En entrambas ediciones de las *Flores* de ESPINOSA (165 y 1896) se lee *templadores*; pero téngolo por errata de la primera.

En cuyas verdes márgenes
Os convidé á mis glorias,
Agora os llamo á que miréis mis lágrimas,
Vueltas en cautiverio mis vitorias
Y en fuego mi esperanza.
¿Cuándo oistes decir de tal mudanza?
Pájaros, fuentes, peñas, plantas, selvas,
Pues ayer, escuchándome,
Vosotras, selvas, me ofrecistes auras,
Vosotros, verdes árboles, silencio,
Y por oirme os acercastes, peñas,
Vosotras, claras fuentes, os parastes,
Y las plumas al viento le negastes
Vosotros, dulces pájaros,
Muévaos mi daño á lástima,
Pues aquel basilisco
Con entrañas de hierro
Derramó por mi seno su ponzoña,
En apariencia angélica,
Y agora, como Hércules,
Muero con la camisa del Centauro,
Y no de verde lauro
Coronado veréis mi monumento;
Mas de cenizas débiles:
Que en fuego me consumo.
Iré con mi esperanza envuelta en humo,
Sin las exequias flébiles
Que la piedad ofrece á los difuntos.
Llorad, en tanto, juntos,
Selvas, plantas, peñascos, fuentes, pájaros.
Encanto destos montes,
¿Qué te movió á matarme
Y á colgar en tu carro mis despojos?
¿Por qué, si vide tus divinos ojos,
No merecí librarme,
Como quien vido al rey, yendo al cuchillo?
¿Pídote yo la grana de tus labios

Ni el azahar de tu oloroso aliento?
¿De tus mejillas púrpura y jazmines?
No, sino el resplandor de aquestas luces,
De cualquiera trabajo dulce premio.
Yo haré mis gemidos
Por bárbaras naciones conocidos;
Mas callaré tu nombre:
Que no has de ganar fama con mis males.
Y yo sé que son tales,
Que he de ver trasladarlos á los cielos,
Por la color que tienen de mis celos,
En donde, orlados de oro,
Acompañando á las lucientes Híades,
Ornarán la cerviz del rubio Toro;
Y, yo á tus manos muerto,
Tú imitarás á las demás mujeres,
Y en la dureza, á las columnas frigias.
Mas ¿puede haber crueldad en rostro angélico?
En pecho de ángel ¿puede haber mudanza?
Bien que el dolor me ha puesto en tanto extremo,
Que de rabiosas quejas
Henchí los aires anchos;
La adoración negué á tu casa y rejas;
Mas era como esclavo fugitivo,
Bellísima Crisalda,
Pues que las libertades que fingía
Trueca agora el amor en duras cárceles,
Desde donde despacho peticiones
Al tribunal sagrado de tus ojos.
Ya un tiempo vide yo de claras lágrimas
Ricos tus bellos nácares,
Pomas en los altares de mi ausencia;
Ya un tiempo mi presencia
Granjeaste con votos
Y en los templos de Cipria
Quemaste con devota reverencia
Bálsamo de Judea, encienso arábigo,

Porque ni yo adorase otra belleza,
Ni tardase á tus brazos.
¿Los venenos de Colcos,
Las yerbas de Tesalia,
Por ventura, hurtaron tu memoria?
¿No fué mi padre el Cáucaso?
¿No trebejé los pechos de las tigres?
Mira que aun no me falta entendimiento
Para tu gloria y el dolor que paso.
Detén, no hagas caso
De ser sólo tan falto de ventura;
Que si el airado cielo me la niega,
Puedes hacer aún más que el cielo mismo,
Concediéndome tanta,
Que des á mi mal gloria, al cielo envidia.
Yo grabaré tu nombre en cedro y mármores,
Y levantaré templos (1)
Donde á tu bella imagen
Tendrán, desde los blancos alemanes
Hasta los turquesados agatirsos,
En santa y religiosa reverencia;
Que tanta es de los versos la excelencia.
Y, en tanto, á mis querellas
No cierres con las palmas los oídos,
Pues no hay dios tan de bronce,
Que no se ablande á los humildes ruegos,
Ó no agraden los humos de los fuegos
Que encienden en sus aras.
Y, pues que con los dioses te comparas,
Recibe el corazón, ardiendo en vítima,
Ó gusta que lo ofrezca en tus altares;
Que tal favor divino
Al alma será gloria, al cuerpo epítima.

(1) Quirós de los Ríos enmendó *Y levantar he templos*, sin duda para evitar la dureza que causan los acentos inmediatos de las sílabas quinta y sexta.

Si es indicio de penas mal sentidas
Saber decir un hombre lo que siente,
Y si en las pastoriles boscarechas
Cabén también pasiones ciudadanas,
No te admire el ornato de mis versos.

AL LICENCIADO ANTONIO MORENO

BOS CARECHA

Tú que huellas el oro de las márgenes
Del Betis, rico de olivares pálidos,
¡Oh tú, hijo de Euterpe!
Oye la furia inexorable, indómita,
De una africana sierpe,
Y juntamente escucha mis agravios (1),
Que en mis ojos y labios
Son testigos crueles de mi ofensa.
Adoré una belleza tan inmensa,
Que á la hermana de Júpiter
Inquietó con envidias y con celos,
Y del dios que á los cielos
Con sus doradas ondas
De claridad enviste los cristales
Hurtó la lumbre y despreció los brazos.
Yo, mientras, en dulcísimos abrazos,
Bebía sus palabras,
Formadas entre perlas y rubíes.
La blanca luna, ornato de los bosques,
Testigo de mi bien, oyó mil veces
Los firmes juramentos que quebranta.

(1) En una de las dos copias que de esta composición hay en el código llamado *de Barahona*, de la Biblioteca Arzobispal de Sevilla (fols. 292 y 314), *los*, en lugar de *mis*.

¿Quién vido, Antonio, tan ligera planta,
Que sobre las aristas y las ondas
Desafíe los vientos?
¿Oíste ya decir de una Atalanta
Que hizo perezoso al Euro scítico?
Así esta fiera indómita
Huyendo va de mí por estos montes,
Como ligera cierva
Que aun no ofende las puntas de la yerba.
Ya un tiempo vide yo de claras lágrimas
Ricos sus bellos nácares,
Pomas de los altares de mi ausencia;
Ya un tiempo mi presencia
Granjeó con mil votos
Y en el templo de Cipria
Quemó, con religiosa reverencia,
Bálsamo de Judea, encienso arábigo,
Porque ni yo adorase otra belleza,
Ni tardase en volver á ver la suya.
Mas así goce la presencia tuya,
Que mil veces culpé las horas raudas,
Porque, á mi parecer, habían trocado
Volantes plumas por pesado plomo,
Nobles efetos de amoroso fuego;
Mas ella, viendo luego
Que yo tardaba tanto,
De inmortal amaranto,
De blanco bulbo y de silvestre mirto (1)
Y de sidonio acanto
Colgó por los altares y las bóvedas
Coronas y festones,
Donde venció la afeminada Chipre (2)
En devoción ardiente.

(1) En una de las dichas copias está omitida la conjunción.

(2) *Ibidem*, á la.

Pues cuando, en los palacios del Oriente,
Sobre alcatifas blancas
Encarnados cojines
Puso el pardo crepúsculo al Aurora,
¿Qué, el viento cudicioso (1)
No hurtó de su boca el nombre mío?
Ó, cuando los caballos
Que están apacentados de rocío
Bordaron de matices,
Con la lumbre que arrojan sus narices,
El monte verde, el cristalino río,
¿Qué, no les preguntó por mí á los árboles...?
Tú, que en dureza vences á los mármoles,
Cuando el sol, de la noche su enemiga,
Iba huyendo por la tarde abajo
Á zabullirse en las azules ondas,
¿Qué, no escribiste en las cortezas rústicas
Con tu nombre mi nombre?
¡Yo, yo soy aquel hombre
Á quien después bañaste rostro y labios
De dulces besos húmidos!
¡Yo soy quien en tus faldas,
Coronado de flores que traen sueño,
De tu aliento gocé preciosos ámbares!
¡Yo aquel que te adoré (2); yo el que te adoro!
¿Cuándo en Getulia el infelice Moro
Vido mayor fiereza?
¿Crió tan fiero monstruo
El padre de las ninfas (3) Oceano?
¿Fué el Cáucaso tu padre?
¿Trebejaste los pechos de las tigres?
¿Los hechizos de Colcos
Mudaron tus entrañas?

(1) En unas de las copias, y el viento.

(2) *Ibid.*, te lloré.

(3) *Ibid.*, de las aguas.

Bien como al cierzo las palustres cañas
Se mueven, te mudaste,
La risa, en acedísimas palabras;
La dulce vista, en frente melancólica,
Mas no podrás quitarme,
Entre los otros bienes,
La gloria de matarme tus desdenes.

Dan rubias mieles los panales rubios;
La primavera, flores;
Mas yo daré querellas,
Mientras que las estrellas
Parezcan desde el suelo
Tembladoras centellas;
Mientras, parados del redondo cielo
Los dos quiciales de oro,
Lleven los navegantes
Por el camino donde no hay camino...
Mas, pues mi sol divino
Ya me niega su lumbre,
Con triste noche tapiaré mis ojos.

Ves aquí, Antonio amigo, mis enojos,
Tan mal pintados cuanto bien sentidos,
Porque me tengas lástima (1),
Que es el más triste bien de los perdidos.
Mas, ya dejando aparte mis pasiones,
Á aquel que con destrísimos pinceles
Hurta á su entendimiento los conceptos,
Cuya fatiga vence á la de Apeles (2),
Y á aquel de cuya Cueva
Salió el león Fernando
Á ganar gloria y deshacer agravios,
Y de ti, Antonio, y del amigo Torres,
Las manos beso con humildes labios.

(1) En una de las mencionadas copias, *tenga*.

(2) *Ibid.*, *derribó al de Apeles*.

SONETOS FESTIVOS

I

Rompe la niebla de una gruta oscura
Un monstruo lleno de culebras pardas,
Y, entre sangrientas puntas de alabardas,
Morir matando con furor procura.

Mas de la oscura horrenda sepultura
Salen rabiando bramadoras guardas,
De la Noche y Plutón hijas bastardas,
Que le quitan la vida y la locura.

Deste vestiglo nacen tres gigantes,
Y destes tres gigantes, Doralice;
Y desta Doralice nace un Bendo...

Tú, mirón, que esto miras, no te espantes
Si no lo entiendes; que, aunque yo lo hice,
Así me ayude Dios que no lo entiendo.

II

Cantar que nacen perlas y granates
Si estampas los toribios de tus patas,
Llamar coturnos breves tus zapatas,
Escribir que eres ninfa del Eufrates,

Decir, siendo tus codos acicates,
Que son tus brazos tiernos como natas,
Cuyas canillas te vendió baratas
La ninfa de que hacen los chizgates (1),

Es un cierto mentir á fuego lento,
Para que se derrita un pecho moro,
Si nace á ser verdugo de poetas.

(1) Alude á la ninfa Siringa, que fué transformada en caña.

Mas tú misma echarás de ver que miento;
Que las ninfas bordaban paños de oro:
Tú no sabes echarme unas soletas.

Á UNA MUJER GORDA

Porque sois para mucho,
Y mujer tan de hecho
Y de tan grande pecho,
Os quiero grandemente,
Y aquesto, muy sin artes;
Que sois de grandes partes,
Y de cuatro costados,
Con nueva maravilla,
Sois grande de los grandes de Castilla.

Y, aunque os hacéis tan grave,
Que á muchos sois pesada,
Como os ven bien tratada
Y es tal vuestra grandeza,
No se atreve ninguno
Á seros importuno;
Que sois más mujer que otra,
Y así, cualquiera siente
Que lo podréis moler muy fácilmente.

Mas si os tenéis en mucho,
Con grande fundamento
Y con mayor asiento
Estimá en mucho á todos;
Porque si sois grosera,
En ser terrible y fiera
Sudar os hará alguno,
Y con tan sucio ultraje
No es mucho que manchéis vuestro linaje.

Á LESBIA

SONETO

Con planta incierta y paso peregrino,
Lesbia (1), muerta la luz de tus centellas,
Llegaste á la ciudad de las querellas (2),
Sin dejar ni aun señal de tu camino.

Ya el día, primavera y sol divino,
De tus ojos, tu labio y trenzas bellas,
Dieron al agua, al campo, á las estrellas,
Luz clara, flores bellas, oro fino.

Ya de la edad tocaste tristemente
La meta, y pinta tu vitoria ingrata
Con pálida color el tiempo airado.

Ya obscurece, da al viento, vuelve en plata,
De los ojos, del labio, de la frente,
El resplandor, las flores, el brocado.

AL BAUTISMO DE JESÚS

CANCIÓN

La negra noche, con mojadadas plumas,
Iba volando por la turbia sombra,
Lloviendo sueño encima de la gente,
Cuando, sobre clarísimas espumas,
De que á sus tiernas plantas hace alfombra (3),
Leyes daba el Jordán á su corriente;
Y, levantando la escarchada frente,
Dentro en sus aguas bellas
Las mismas que en el cielo vido estrellas;
Y apenas se alegró, cuando admirado
Vido bajar del cielo

(1) En el códice de la Biblioteca Arzobispal de Sevilla, folio 290 vto., *Lice*, en lugar de *Lesbia*.

(2) En las dos ediciones de las *Flores*, *tus* en lugar de *las*.

(3) En la edición original, por yerro, *alfombras*.

Relámpagos blandiéndose,
Y luego un ángel, que, de lumbre armado,
Rasga los aires con ligero vuelo,
Y desde lejos, sobre el viento helado,
Dice, alegrando el suelo,
Estas palabras de inmortal sonido:
 «Tú, Jordán, rey de ríos, escogido
De Dios para que á Dios le des mañana
Las aguas del bautismo soberano,
Tu margen vestirás de honor florido;
Tus sauces peina, tu corriente allana,
Con diligencias de piadosa mano.»
Dijo, y las plumas por el aire vano
Batió entre fuegos rojos,
Y á los del río seguidores ojos
Lo hurtó el Cielo; y el Jordán, volviendo
Á verse sin espanto,
Llamó á sus blancas náyades,
Y, el mandamiento celestial diciendo,
Ponen las manos al trabajo santo,
Tapetes, perlas, márgenes tendiendo
De azándar y amaranto,
Hermosas galas de la tierna Flora.
 No donde el agua frágil bullidora
Del mal acogimiento de las piedras
Murmuraba con labios espumosos,
Mas donde corre muda, vió la Aurora
De fruta y flores, de espadaña y yedras,
Bellos festones, arcos ambiciosos;
Vió de lirios y tallos olorosos
Por los troncos selvajes
Ensortijados lazos y follajes,
Y por la orilla, rica de pintura,
Mil sartas de corales
Y de aljófares líquidos,
Que el Jordán, con gallarda hermosura,
Ensartó en claros hilos de cristales;

El cual, ya convertido en agua pura,
Andaba con iguales
Plantas quietando el reino cristalino.

Mas ya Jesús y el Precursor divino,
Habiendo por tendido espacio hecho
Á las aguas merced con su presencia,
Deja el Señor la ropa, y el vecino
Jordán pisa, desnudo el santo pecho,
Á quien hacen las aguas reverencia:
Unas, pues, con devota diligencia
Y paso medio humano
Quieren henchir el nácar que en la mano
Tiene el Baptista, y otras, oprimidas
De las que vienen luego,
Besan con labios húmidos,
De paso, las reliquias más queridas
Que el Cielo guarda; el cual, lloviendo fuego
Que alumbra y no consume nuestras vidas,
Se abrió, dejando ciego
Con otra luz mayor al sol dorado.

Entre fuego, el Espíritu sagrado,
Dando nobleza al valle y á las cumbres,
Calificó la humanidad del Verbo,
De lo cual fué testigo, si admirado,
Bien que estaba muy lejos, por las lumbres,
El infernal espíritu protervo.
Mas, mientras que se admira el ángel siervo,
En agua, en viento y plantas
Se vieron nuevas maravillas santas:
En el viento, los ángeles cantando;
Y en las floridas ramas,
Innumerables pájaros
Á Dios gloriosas alabanzas dando;
Y en el Jordán, reverberantes llamas,
Donde los mudos peces, levantando
Plateadas escamas,
Á Dios le daban alabanzas mudas.

Á LA ASUNCION DE LA VIRGEN MARIA

SONETO

En turquesadas nubes y celajes
Están en los alcázares empirios,
Con blancas hachas y con blancos cirios,
Del sacro Dios los soberanos pajes;
 Humean de mil suertes y linajes,
Entre amaranto y plateados lirios,
Enciensos indios y pebetes sirios,
Sobre allombras de lazos y follajes.
 Por manto el sol, la luna por chapines,
Llegó la Virgen á la empírea sala,
Visita que esperaba el Cielo tanto.
 Echáronse á sus pies los serafines,
Cantáronle los ángeles la gala,
Y sentóla á su lado el Verbo santo.

Á SAN ACACIO

*Acacio, si fueran dos,
Como son diez mil soldados
Los que tenéis á los lados,
Os adoraran por Dios.*

GLOSA

Quiso la muerte temer
Cristo, cual si no estuviera
Unido al Eterno Sér,
Y cual si de Dios no fuera
La fortaleza y poder.

Mas tema una muerte Dios;
Que yo sé, Santo, de vos
Y de vuestro valor santo,
Que no temíerades tanto,
Acacio, si fueran dos.

Que, al morir por su ocasión,
Os da con mano sagrada
Santa determinación
Dios, y así, á capa y espada
Peleáis como un león.
Y á los que honran vuestros lados
Promete diez mil cruzados,
Y, según habemos visto,
Diez mil hábitos de Cristo,
Como son diez mil soldados.

Por ganar tales guirnaldas,
Ellos tiñen con furor
De carmín las esmeraldas,
Y echan, por vencer mejor,
El escudo á las espaldas.
Y así, los más arriscados
Reconocen admirados
Que son, siguiéndoos á vos,
Bravos, por la fe de Dios,
Los que tenéis á los lados.

Y no es mucha esa grandeza;
Que, como vos imitáis
Del Maestro la presteza,
Á todos les enseñáis
Su verdadera destreza.
Dios es diestro, y diestro vos:
Gran destreza hay en los dos;
Y, por Dios, que sois tan diestro,
Que á no ser Dios el maestro,
Os adornara por Dios.

Á LA NAVEGACIÓN DE SAN RAIMUNDO

DESDE MALLORCA Á BARCELONA

Tiran yeguas de nieve
El carro de cambiante argentería
Sobre que viene el día
Con rubias trenzas, de quien perlas llueve;
La alcatifa sembrada de diamantes
Se borda y se matiza
De gémuli, carmín y azul ceniza,
Cuando de sus alcobas,
Ceruleas, espumantes,
Sale Neptuno horrendo,
Quitando de la frente el musgo y ovas,
Alborotado con el sordo estruendo
Que hacen los tritones,
Que en torno van de un manto
Que el agua corta, que sustenta un santo;
Y recostado en el azul tridente,
Con arrugada frente,
Mira el barco veloz que va volando,
Sus erizadas ondas despreciando.

De claridades bellas
Vido pintada y rica la canoa;
Que la luna era proa,
La popa el sol, y lo demás estrellas;
Y, viendo aquesta maravilla santa,
Bebe el delgado viento
Y á un caracol torcido le da aliento;
Y en el profundo estrecho,
Oyendo furia tanta,
Doris, con miedo helado,
Los azules hijuelos llegó al pecho;

Aparecieron sobre el mar salado
Los escamosos dioses,
Á quien Neptuno pide
Aprieta el carro que las ondas mide;
Encima sube, á los caballos grita
Y á volar los incita,
Hasta que al venerable Santo llega,
Y con espuma los tritones ciega.

Parece el mar que bulle
Brocado azul, de plata la entretela,
Por donde el carro vuela,
Que, por más gala, á veces se zabelle;
De nácares cubiertas las espaldas,
Relumbra el dios que rige
Fieros caballos de color de acije,
Que con las ondas chocan,
Del cual, entre esmeraldas
Y sanguíños corales,
Los cabellos al pecho helado tocan,
De quien manan clarísimos cristales,
Y sobre el carro verde,
Un caudaloso río
De las barbas preñadas de rocío;
Y los que deste triunfo allí se admiran
También del viejo miran
Que las canas, por más ornato, aforra
De una arrugada concha, en vez de gorra.

Arrojan los delfines
Por las narices blanca espuma en arco
Sobre el profundo charco,
Y, destilando de las verdes crines
Aljófar, las nereidas asomaron
Y las dulces sirenas
Sobre pintadas conchas de ballenas;
Tritón, Forco y Proteo
Delante se mostraron,
Cuando salió rigiendo

Un caballo marino el dios Nereo,
Que con hendido pie va el mar hendiendo.
La escuadra de las ninfas
Ligera en torno zarpa,
Midiendo acentos en discante y harpa;
Y tú, Raimundo, sobre el pobre manto,
Miras la fiesta, en tanto,
Que hace á tu santísima persona
El turquesado mar de Barcelona.

Con ligera pujanza

El Rey te sigue y con hinchadas velas,
En tanto que tú vuelas,
Venciendo tu barquillo su esperanza;
Tórnase cana espuma el mar cerúleo;
Los remeros que bogan
Del movimiento del batir se ahogan;
Abriendo cuevas hondas,
Con movimiento hercúleo,
Herrados espolones
Rompen las crespas y sonantes ondas;
Tiemblan con los furiosos empellones
Las galeras de abeto;
Los forzados, remando,
Arroyos de sudor iban sudando,
Y el Rey entiende que un lugar no pasa;
En cólera se abrasa,
Y, arrebatado de un dolor interno,
Vierte el coraje por el rostro tierno.

Mas tú, tomando tierra,

Y religiosa admiración la orilla,
Sacudes la barquilla
Que te libró de la tormenta y guerra,
Y así la cuelgas en sagrado templo
Como cuando, devoto,
La tabla al templo consagró el piloto.
Los hombres que miraron
El caso sin ejemplo,

Siguiéndote infinitos,
En confusos tropeles te cercaron,
Hiriendo las estrellas con los gritos;
Mas tú, ¡oh padre Raimundo!
Del tropel te adelantas
Con rostro humilde y sosegadas plantas,
Y, en tu celda encerrado,
Del Rey lloras y gimes el pecado;
El cual, tomando puerto apriesa apriesa,
Se arrepiente, te busca, y se confiesa.
Canción, que, navegando,
Vas tras de san Raimundo,
Con el favor de don Andrés de Córdoba,
No al ábrego bramando
Ni al piélago profundo
Temas: porque la virgen Panopea (1)
Te ha prometido cierto
Buen tiempo, mar tranquilo, dulce puerto.

LA FÁBULA DE GENIL

También entre las ondas fuego enciendes,
Amor, como en la esfera de tu fuego,
Y á los dioses de escarcha también prendes
Como á Vulcano, con lascivo juego;
Del sacro Olimpo á Júpiter decientes
Y á Febo dejas sin su lumbre, ciego,
Y á Marte pones, con infame prueba,
Que de tu madre las palabras beba.
El claro dios Genil sintió tus lazos;
Que á la náyade Cínaris adora:
Ella le hace el corazón pedazos,
Y él crece con las lágrimas que llora.
Corta las aguas con los blancos brazos

(1) Una nereida de este nombre, famosa por su sabiduría y por la honestidad de sus costumbres.

La Ninfa, que con otras ninfas mora
Debajo de las aguas cristalinas,
En aposentos de esmeraldas finas.

El despreciado dios su dulce amante
Con las náyades vido estar bordando,
Y, por enternecer aquel diamante,
Sobre un pescado azul llegó cantando;
De una concha una cítara sonante
Con destrísimos dedos va tocando;
Paró el agua á su queja, y, por oílla,
Los sauces se inclinaron á la orilla.

«Vosotras, que miráis mi fuego ardiente,
Seréis (dice) testigos de mi pena
Y del rigor y término inclemente
De la que está de gracia y desdén llena.
Neptuno fué mi abuelo, y de una fuente
Que es de una sierra de cristales vena
Soy dios, y con mis ondas fuera á Tetis
Si no atajara mi camino el Betis.

»Vestida está mi margen de espadaña
Y de viciosos apios y mastranto,
Y el agua, clara como el ámbar, baña
Troncos de mirtos y de lauro santo.
No hay en mi margen silbadora caña
Ni adelfa, mas violetas y amaranto,
De donde llevan flores en las faldas
Para hacer las hénides guirnaldas.

»Hay blancos lirios, verdes mirabeles
Y azules guarnecidos alhelíes,
Y allí las clavellinas y claveles
Parecen sementera de rubíes;
Hay ricas alcatifas y alquiceles,
Rojos, blancos, gualdados y turquíes,
Y derraman las auras con su aliento
Ámbares y azahares por el viento.

»Yo, cuando salgo de mis grutas hondas,
Estoy de frescos palios cobijado,

Y entre nácares crespos de redondas
 Perlas mi margen veo estar honrado.
 El sol no tibia mis cerúleas ondas,
 Ni las enturbia el balador ganado;
 Ni á las napeas que en mi orilla cantan
 Los pintados lagartos las espantan.

»Allí (1) del olmo abrazan ramo y cepa
 Con pámpanos harpados los sarmientos;
 Falta lugar por donde el rayo quepa
 Del sol, y soplan los delgados vientos;
 Por flegibles tarahes (2) sube y trepa
 La inexplicable yedra, y los contentos
 Ruiseñores trinando, allí no hay selva
 Que en mi alabanza á responder no vuelva.

»Mas ¿qué aprovecha ¡oh lumbre de mis ojos!
 Que conozcas mis padres y riqueza,
 Si, despreciando todos mis despojos,
 Te contentas con sola tu belleza?»
 Dijo, y la Ninfa de matices rojos
 Cubrió el marfil, y, vuelta la cabeza
 Con desdén, da á entender que el Dios la enoja,
 Y arroja el bastidor y el oro arroja.

Quedó elevado, así como se encanta
 El que escuchó la voz de la sirena;
 Helósele su voz en la garganta,
 Como cercado de engañosa hiena:
 No tanto á virgen temerosa espanta
 Serpiente negra que pisó en la arena,
 Ni al yerto Labrador en noche triste
 Rayo veloz que de temor le embiste (3).

En sí volvió del ya pasado espanto
 Cuando quiso el contrario del contento,
 Y halló que las aguas de su llanto

(1) En la edición original de las *Flores* (fol. 108 vto.), *Assi*, por errata sin duda. Quintana fué el primero que leyó *Alli*.

(2) Quirós de los Ríos, tal como otros, leyó *flexibles tarajes*.

(3) Así en las ediciones de 1605 y 1896. ¿*Enviste*?

Le llevaban nadando el instrumento.
La libertada cólera, entretanto,
Le obligó á que dijese, y el tormento:
«¡Oh tú, hija de montes y de fieras,
Por fuerza has de quererme, aunque no quieras!»

Dijo así y, cudicioso del trofeo,
Al alcázar del viejo Betis parte,
Cuyo artificio atrás deja el deseo;
Que á la materia sobrepuja el arte.
No da tributo Betis á Nereo,
Mas, como amigo, sus riquezas parte
Con él; que es rey de ríos, y los reyes
No dan tributo, sino ponen leyes.

Ve que son plata lisa los umbrales;
Claros diamantes las lucientes puertas,
Ricas de clavazones de corales
Y de pequeños nácares cubiertas;
Ve que rayos de luces inmortales
Dan, y que están de par en par abiertas,
Y los quiciales, de oro muy rollizo,
Que muestran el poder de quien los hizo.

Colunas más hermosas que valientes
Sustentan el gran techo cristalino;
Las paredes son piedras transparentes,
Cuyo valor del Occidente vino;
Brotan por los cimientos claras fuentes,
Y con pie blando, en líquido camino,
Corren cubriendo con sus claras língas
Las carnes blancas de las bellas ninfas.

De suelos pardos, de mohosos techos,
Hay dozientas hondísimas alcobas,
Y de menudos juncos verdes lechos,
Y encima, colchas de pintadas tobas.
Maldicientes arroyos por estrechos
Pasos murmuran, entre juncia y ovas,
Donde á los dioses el profundo sueño
Cubre de adormideras y beleño.

Vido entrando Genil un virgen coro
De bellas ninfas de desnudos pechos,
Sobre cristal cerniendo granos de oro
Con verdes cribos de esmeraldas hechos;
Vido, ricos de lustre y de tesoro,
Follajes de carámbano en los techos,
Que estaban por las puntas adornados
De racimos de aljófares helados.

Un rico asiento de diamante frío
Sobre gradas de nácar se sustenta,
Donde preñadas perlas de rocío
Al alcázar dan luz, al sol afrenta.
El venerable viejo dios del río
Aquí con santa majestad se asienta,
Reclinado en dos urnas relucientes,
Que son los caños de abundantes fuentes.

Ya que huyó la admiración del fuego
Que abrasaba al amante despreciado,
Su queja al padre Betis cuenta luego,
No sé si más lloroso que turbado;
Dió luz á su justicia, estando ciego
De lágrimas que amor había brotado,
Y no hubo menester el dios amigo
Ni más información ni más testigo.

«No será tu afición con desdén rota
(Le dice Betis); que también tu orilla
Mereció á Febo, como el sacro Eurota,
Por quien desprecia Júpiter su silla.
Granada de tus templos es devota,
Si hecatombe á mis templos da Sevilla,
Y por ti gozo ilustres vasallajes
Desde el Hidaspes dulce al negro Arajes.»

En Colcos, junto á un ancho promontorio,
Hay unas grutas de alabastro fino,
Donde nació, entre arenas de abalorio,
Un tritón que á servir á Betis vino;
Á éste manda llamar á consistorio

Á todos los del reino cristalino,
Los cuales, al sagrado mandamiento,
Vienen, venciendo por el agua el viento.

Ricas garnachas de riqueza suma
Unos visten de tiernas esmeraldas;
Otros, como á la garza fácil pluma,
Cubren de escama de oro las espaldas;
Con ropas blancas de cuajada espuma
Otros vienen, ceñidos con guirnaldas,
Brotando olor los cristalinos cuernos,
De tiernas flores y de tallos tiernos.

Cuantas viven en fuentes ninfas bellas
(Que burlan los satíricos silvanos,
Que, arrojándose al agua por cogellas,
El agua aprietan con lascivas manos)
Vinieron; y, á una parte las doncellas,
Á otra los mozos y á otra los ancianos,
Se sientan, cual conviene á tales huéspedes,
En blandas sillas de mojados céspedes.

Ya que corrió el silencio las cortinas,
Dando angosto camino al blando aliento,
Y las vistas suspensas y divinas
Á Betis fueron penetrando el viento,
Y entre los labios de esmeraldas finas
Pararon, él, con grave movimiento,
Sacudió la cabeza sobre el pecho,
Y perlas sudó el suelo y llovió el techo.

«No con el mar de España tengo guerra
(Dice), ó saliendo de mi margen corva
Quiero cubrir las faldas de la tierra
Mientras teme dudosa que la sorba;
Ni pardo monte ni cerúlea sierra
De mi profundidad el paso estorba;
Mas hoy se casa un claro dios divino
Que ha merecido á Betis por padrino.

»Tú, Genil, á quien ciñen mirto y lauro,
No cañaveras frágiles, tus sienes,

Y, como el Cindo del nevado Tauro,
Montes de plata por principio tienes,
Tú, aquel potente dios á quien el Dauro
Señor te hace de mayores bienes,
Pues que sus ninfas, en liviano coro,
Para darte tributo ciernen oro,

»Hoy gozarás de Cínaris los brazos,
Y tú, ninfa, el valor de ser su esposa;
Y, en legítimo fuego y dulces lazos,
Dejaréis á Cidálida (1) envidiosa.»
Dijo, y ella, huyendo los abrazos,
Volvió turbada la cerviz de rosa,
Naciendo, al tierno llanto que comienza,
Rojo color de virginal vergüenza.

No hay dios á quien el llanto no recuerde
Si con la compasión hace su tiro,
Y así, el aljófar que la Ninfa pierde
Costó más de un sollozo y de un suspiro;
Y hubo alguno que el crin de sauce verde
Tendió sobre la frente de zafiro;
Mas los arroyos que á la puerta estaban
Del desdén de la Ninfa murmuraban.

Como cuando en solícitos tropeles,
Por mayor majestad de sus castillos
Ricos de olor, vestidos de doseles,
Entre selvajes cercas de tomillos,
Guardando rubias perezosas mieles
En urnas de panales amarillos,
Se oyeron las abejas en escuadra,
Así el rumor por la soberbia cuadra.

Lágrimas tibias de tus luces bellas
Llueves en tanto que Genil te imita,
¡Oh Cínaris! mas todas tus querellas
Betis mirando, el caso facilita;

(1) Así en ambas ediciones. ESPINOSA se refiere á *Acidalia*, nombre que solía darse á Venus.

Que el melindre que es dado á las doncellas
Piensa que el libre espíritu te quita,
Y así, queriendo un monte hacer llano,
La mano de Genil puso en tu mano.

Llenos de envidia noble se levantan
Los dioses del sagrado coliseo,
Y con las lenguas de agua dulce cantan
Alegres: «¡Himeneo! ¡Himeneo!»
Mas de improviso, sin pensar, se espantan,
Porque la Ninfa, viendo el caso feo,
Y su virginidad así oprimida,
Quedó, llorando, en agua convertida.



PARTE SEGUNDA

(1605-1615)

SONETOS

I

Á LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

SONETO EN ALEJANDRINOS

Como el triste piloto que por el mar incierto
Se ve, con turbios ojos, sujeto de la pena
Sobre las corvas olas, que, vomitando arena,
Lo tienen de la espuma salpicado y cubierto,
 Cuando, sin esperanza, de espanto medio muerto,
Ve el fuego de Santelmo lucir sobre la antena,
Y, adorando su lumbre, de gozo el alma llena,
Halla su nao cascada surgida en dulce puerto,
 Así yo el mar sulcaba de penas y de enojos,
Y, con tormenta fiera, ya de las aguas hondas
Medio cubierto estaba, la fuerza y luz perdida,
 Cuando miré la lumbre ¡oh Virgen! de tus ojos,
Con cuyos resplandores, quietándose las ondas,
Llegué al dichoso puerto donde escapé la vida.

II

DESDE SU RETIRO

Cantas himnos á Dios, no cantas quejas,
 ¡Oh dulcemente pájara parlera,
 Que en cualquier árbol hallas, extranjera,
 Jaula de celosías y de rejas!

No te escribe la patria si te alejas;
 ¡Oh tú, de los cuidados forastera!
 Que en altas puntas, libre si ligera,
 Las plumas bates y los miedos dejas.

Así yo, solitario de la Gloria,
 Mi diligencia en montes apartados
 Libro del mal que en las ciudades veo.

Suene en mi boca y viva en mi memoria
 La alabanza de Dios, no los cuidados:
 Tu imitación merezca mi deseo.

III

A NUESTRA SEÑORA DE MONTEAGUDO

Selva, viento, corriente, que júeces
 Os mereció en mi mal el llanto mío;
 Verde calle, luz tierna, cristal frío
 Que á Febo, á Amor, á Diana, gloria ofreces,

Y á mi canto respondes dulces veces;
 Ancha selva, aire fresco, claro río,
 De alta sombra, luz nueva, alegre brío,
 De animales, de pájaros y peces;

Sin temor que á las lágrimas me vuelva,
 Vino mi amor, y en ella mi contento,
 Virgen del Norte, á quien el alma envío.

Las flores tienes de sus labios, selva;
 La luz ganaste de sus ojos, viento;
 El oro debes á su frente, río.

IV

AL MISMO ASUNTO

Donde los ríos en cristal encierra
El Norte airado, que temblores llueve,
Al Sol divino su crueldad se atreve:
María, que bajó á alumbrar su tierra.

Con rayos de impiedad le hace guerra,
Porque desata su prisión de nieve,
Y allá le torna el día obscuro y breve,
Y adonde el sol descansa se destierra.

Aquí, zona de estrellas luminosa
Oro presta á las selvas; plata al río
Su luz, dichosamente desechada.

Ya (gloria al sol) alumbra si reposa,
Y olvida, en yelo y en tiniebla errada,
La tierra que á las almas pega el frío.

V

AL MISMO ASUNTO

Paloma que con ala diligente,
Navegando los aires, te levantas,
Y de la oliva, reina de las plantas,
Nos traes la paz que el arca abrir consiente;

Vuelas, huyendo venturosamente,
Y, honrando con tu vista tierras tantas,
Las plumas pliegas, y á tus alas santas
El Cielo en tierra firme ve la gente.

En guerra, díjnos votos á tu fama;
Tristes, te tuvo el llanto merecida;
Cautivos, te inclinaste á nuestro duelo.

Ya en guerra ó paz el fruto de tu rama,
Tristes, debemos gozo á tu venida,
Libres, pagamos parias á tu vuelo.

VI

AL MISMO ASUNTO

Brotando llamas de oro estos blandones
 Y este incienso que ya abrasado espera
 Dejar el viento y penetrar la esfera,
 Acompañado de altas oraciones,

 Á Ti las más católicas naciones
 Que mira el sol, hoy, Virgen extranjera,
 Mejor te ofrecen que la gente fiera
 Que tiene por zenit á los Triones (1).

 Que allá viste traer, con rabia loca,
 Para quemar tu templo, al Belga ciego,
 Fuego atrevido en sus herejes palmas,

 Y aquí, Señora, en nuestra humilde boca
 Ves el divinamente dulce fuego
 Con que se abrasan en tu amor las almas.

VII

AL RETRATO DEL BEATO PADRE IGNACIO

 Como tarja ó blasón (2), así abrazaba
 Esta águila á su Sol (3), autor del día,
 Y á los que hijos puso en compañía
 En sacro examen su valor probaba.

 Siete días en hito al sol miraba
 Con nueva juventud, y al fin abría
 Senda en las nubes, y, en veloz porfia,
 En el Cielo, á los ojos se hurtaba.

 La seguidora (4) vista (que merece
 Sólo el aire) en creciente lagrimosa
 De sus hijos cegaron los desmayos.

(1) En el código de Sevilla, por burdo yerro, *Tritones*.

(2) En el original de Calderón, y en lugar de ó.

(3) *Ibid.*, *Este águila al que es sol*.

(4) *Ibid.*, *La cudiciosa*.

¡Oh santo desamparo, pues ya ofrece
(No como la de Jove fabulosa)
Rayos de amor; no de venganza rayos!

VIII

Á LA ERMITA DE NUESTRA SEÑORA DE ARCHIDONA

Si devoción te trujo ¡oh peregrino!
Al templo, crecerá, si en él reparas,
Y hallarás en estas blandas aras
La meta del deseo y del camino.

Estas velas que al viento el Pichelino
Dió, y el Turco de Tracia aquellas jaras,
Y estos triunfos que ocupan estas varas,
Muestran el que hay aquí favor divino.

El Infierno y la Muerte aquí oprimidos,
Verás mudos con voz, con lumbre ciegos,
Enfermos con salud, volver devotos.

Aquí escombra la Virgen los gemidos;
Y mientras siempre está escuchando ruegos,
Siempre está la piedad pagando votos.

IX

AL LICENCIADO AGUSTÍN CALDERÓN

PARA SU COLECCIÓN DE FLORES DE POETAS ILUSTRES

Calas la selva que con verde reja
Guarda la flor que el noble hurto siente
De tu industria novel, si diligente,
¡Oh cisne á quien la vida no se aleja!

Tal solicita el nardo, adelfa deja,
Examinando en Hymbliá floreciente
Cuanto brota el Abril, curiosamente,
La autora de las mieles, dulce abeja.

Tu voz prendió con invisible mano
 Al Betis y, juntando sus olivas,
 Das á tus plumas sombra por tributo.
 ¡Oh primera noticia del verano!
 Penetres la vejez, su margen vivas,
 Ahora en flores y después en fruto.

X

Á LA VIRGEN NUESTRA SEÑORA, CAMINANDO Á EGIPTO

Mira desde una laja de la roca
 El águila ondear el fuego claro,
 Y el nido con piadoso desamparo
 Deja, sus hijos salva, el cielo toca.
 También do el sol se ignora, en tierra poca
 Hunde el tesoro el mal seguro avaro,
 Que teme de la cueva, aunque es su amparo,
 No suenen sus secretos en su boca.
 Así guardas el Hijo y el tesoro,
 Ave María, Virgen cudiciosa,
 Con presta mano y peregrina planta.
 Así del dulce nido, así del oro
 Te obliga ¡oh sabiamente recelosa!
 Piedad divina y avaricia santa.

XI

AL NIÑO PERDIDO, Á NUESTRA SEÑORA Y Á SAN JOSEPH

Pastor á cuya gloria me levanto,
 Zagala, honor de aquestas selvas bellas,
 En lágrimas bañáis las nobles huellas;
 ¿Que un cordero perdido lloráis tanto?

Lloras, María, y tu precioso llanto
Suben para su lumbre las estrellas,
Y lloras tú, Joseph, cuyas querellas
Son de los aires ornamento santo.

Más de una voz el aire desordena
Del uno y otro pecho atribulado,
Que á Jesús llama entre mortal gemido.

Mas de aqueste dolor nace otra pena,
Viendo que, cuando más hayáis llorado,
No igualará el dolor al bien perdido.

XII

Á LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

Jesús, mi amor, que en una nube de oro,
Engendada del llanto de tu ausencia,
Al Cielo te trasladas en presencia
Del, si alegre, dichoso, santo coro,

Mi corazón se va tras su tesoro:
Tras Ti se va con alta diligencia,
Y yo te sigo en dulce competencia,
Con cudiciosa vista y triste lloro.

¿Cómo oirás ¡oh mi bien! el llanto mío,
Si vas adonde nunca entró la pena?
Bien que en tus manos llevas mi memoria.

Lejos yo, cual mis ojos, hechos río,
El fuego templan que en mi pecho suena,
Templaré mis querellas con tu gloria.

XIII

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Guardan á un señor preso con precetos
Rigurosos los guardas diligentes;
Mas en el pan le esconden los parientes
Un papel y le avisan los secretos.

Tal guardan los sentidos indiscretos,
Examinando cosas diferentes;
Mas, escondido Dios en accidentes,
Avisa al alma presa sus concetos.

Bien que á Cristo no vemos ni sentimos,
Mas la fe certifica con su sello
Que en pan se pasa al alma por la boca.

Creer mandó otras cosas que no vimos,
Y aquí creer nos manda contra aquello
Que ven los ojos y la lengua toca.

XIV

Á JESUCRISTO EN LA CRUZ

Desplegar como un velo en los coluros
El que sin cabo cielo se dilata,
Y de llama hermosamente ingrata
Armar sus campos de cristales puros,

Cimientos á la tierra abrir seguros
Donde el viento sus plumas desbarata,
Hacer al mar, que en perlas se desata,
De floja arena inaccesibles muros,

Pequeña gloria fué de tu potencia;
Mas que, de puro amor, te hagas hombre,
Dios mío, por morir por tu criatura,

No es mucho que á los ángeles asombre,
Ni los hombres, que ignoran tu clemencia,
Lo tengan por escándalo y locura.

XV

AL RETRATO DEL B. P. FRANCISCO JAVIER

Aquel que trujo Cristo fuego ardiente
Le dejó esfera ¡oh fénix! en tu pecho;
Ya en venturoso incendio lo ha deshecho;
Ya aun la pluma de encima no consiente.

Vuelas al mar y ya hervir se siente,
Y, olvidando este mundo por estrecho,
Allí do l'alba duerme en blando lecho
Cebas el fuego en llanos de Oriente.

Su llama de oro duramente tierna
(Que aun hoy suena en las selvas olorosas,
Roba tus plumas de la luz del día.

Ya á tu ceniza debes vida eterna,
Fuego que en Dios, tu esfera, te reposas;
Fénix sola, que estás en compañía.

XVI

AL CONOCIMIENTO DE SÍ PROPIO

Su pobre origen olvidó este río,
Y en anchos vados espumoso espanta
Al que armado de robles se levanta
Valiente monte á contrastar su brío.

Pasa con inconstante señorío,
De sus ondas ufano, y adelanta
Al ancho mar la irrevocable planta,
En donde ahoga el nombre y pierde el brío.

¡Oh tres y cuatro veces desdichada
Miseria humana, que soberbia puedes
Disimularte en sombra lisonjera!

Hombre, hijo de tierra y de la nada,
¿Cómo, yendo á la muerte, te concedes
Olvido vil de tu nación primera?

XVII

AL INFIERNO

Allí, negra región de la venganza,
En hondos lagos de metal ardiente,
Suenan la ira de Dios eternamente,
Á quien no ha visto el rostro la esperanza.

¡Oh el mayor mal! ¡Oh pena sin mudanza!
¡Oh eternidad del fuego y de la gente!
Mi memoria á tu daño esté presente,
Si tanto bien un olvidado alcanza.

Muchos llamados, pocos escogidos
Son, porque es más el número de locos:
Testigo es esta cárcel vengadora.

¡Á recoger cuidados y sentidos;
Que si como los muchos vivo ahora,
No iré después adonde van los pocos!

PLEGARIA

Ausente llamo al que presente adoro:
Concede Tú á las lágrimas que lloro (1),
Yo, solitario tuyo, en tierra fría,
Dulce Jesús, merezca en mi porfía,
Ciego, á mi Sol; y pobre, á mi Tesoro.

(1) Añado el pronombre, que no está en el código granadino, para que conste el verso.

Á NUESTRA SEÑORA DE MONTEAGUDO, DE ANTEQUERA

Vulgo de mil cabezas,
Justamente te espantas
De ver en Antequera
La dama de la Infanta.

Cudicioso preguntas,
Malicioso reparas,
Inconstante en las obras,
Infiel en las palabras.

Con llave de oro puro
Abriré á tu ignorancia
Las bien cerradas puertas,
Con desiguales guardas.

Donde el Norte espacioso
Prende en cristal las aguas
Y el Orión valiente
Cala yelmo de escarcha,

Entre desnudos juncos,
Corre el flamenco Escalda,
Cinta de Monteagudo,
Guarnición de sus faldas.

Aquí un dórico templo
Altas puntas levanta,
Tropiezo de los bueyes
De la luna de plata.

En éste venció el fuego
Al oro con la llama,
Con la luz al piropo,
Y con el humo al ámbar.

Aquí, honradas de dones,
Las virginales aras
Mostraron que ha quedado
Piedad en Alemaña (1).

(1) En el códice sevillano, *Alemania*.

Cuantos en corvas naves
Los fríos mares rasgan,
Libres de la tormenta
Vieron esta montaña.

Á ti, gloriosa Virgen,
Cortésmente serrana,
Cumplieron nobles votos,
Cantaron alabanzas.

De naves y cadenas,
De cera rubia y blanca,
Dió el agradecimiento
Cortinas á su alcázar.

En tanto el Belga hereje,
Para abrasar su casa,
Hería el pedernal (1),
Que es cárcel de las llamas,

Cuanto, atenta á sus golpes
La que pasó de España,
La nobleza en la sangre,
La piedad en el alma (2),

Hurtó sagradamente
De un árbol la manzana
Que sanó á todo el mundo
Y aquel de Adán restaura.

Cubierto de una nube
Puso el sol en su patria,
Do el que nace en Oriente
Dentro del mar descansa.

Es la Reina, que viene
Con su gente de guardia,
De la casa del campo
Á morar en su casa.

Recíbela la gente
Contenta, si admirada,

(1) Quirós de los Ríos enmendó, para quitar la terminación aguda: *El pedernal hería.*

(2) Así en el código de Sevilla; en el granadino, *La piedad en l'alma.*

Quemando sacro incienso,
Blandiendo tiernas palmas.

En honra de los vientos,
Versos los cisnes cantan,
De vanidad devota
Ostentaciones sanctas.

Mas hurtáos, versos míos,
Á los saraos y danzas,
Y honrad la que á la Virgen,
Cual Joseph, acompaña,
Y aquel que dignamente
Viste la cruz de grana,
Que ilustres solicitan (1)
Gloriosas alabanzas.

Mas á tan alto vuelo
No se atreven mis alas,
Si ya mi monumento
No pretendo en las aguas.

Ves aquí, vulgo necio,
El dibujo en estampa;
Que para tu torpeza
Torpes rasguños bastan.

AL BEATO IGNACIO DE LOYOLA

Vuelan fuegos el viento (2),
Con general ofensa;
Vence al miedo el furor, el humo al día;
Francés atrevimiento
Y española defensa
Sustentan el tesón desta porfía,
Cuando el Autor del día,
Escondido en sí mismo, examinaba

(1) En el código granadino, *Que ilustre solicita.*

(2) En la *Relación de la fiesta... á la beatificación de San Ignacio* (Sevilla, 1610), *al viento.*

La mayor valentía
 Y en el mancebo Ignacio la hallaba,
 Que, ahogando el arena (1) con espumas
 De sangre, luce con vistosas plumas;
 Cuando, herido, su potencia brava
 Rinde, dando á los hombres Dios ejemplo,
 Lumbre á su Iglesia (2), á Francia la victoria,
 Nuevo mundo á su fe, á su nombre templo,
 Fin á las armas y á su intento gloria.

Mas ya con nueva vida
 Das, Ignacio, á la tierra
 Nueva alegría, dulce, si costosa;
 Salud de tu herida,
 Palma y paz de tu guerra,
 De tus prisiones libertad gloriosa.
 De la cadena honrosa,
 Que tal de los soldados es la espada,
 Con mano religiosa,
 Dejas de un templo la pared armada (3)
 Y (con la devoción vencido el asco)
 Cubre el sayal lo que ciñó el damasco,
 Funda de aquella castidad sagrada
 Que te trujo María, y del tesoro
 Que San Pedro te trujo, ¡oh Peregrino!
 Porque el que lleva descubierto el oro
 Antes la vida acaba que el camino.

No con amor pequeño
 En Padua te visita
 Jesús y á tu viaje se promete;
 Luego te guarda el sueño
 Que á un senador le quita,
 El mar te allana y te negocia el flete;
 Hasta el monte Olivete,
 Romero de Emaús, tus pasos guía,

(1) En el códice de Sevilla y en la *Relación de la fiesta, la arena*.

(2) *Ibid.*, á su Ignacio.

(3) *Ibid.*, ornada.

Y antes, en días siete,
 Á otro Jerusalén en romería
 Te acompañó, Jerusalén del Cielo;
 Y, cebando (1) su amor en tu consuelo,
 Fué el primero que entró en tu Compañía,
 Con que el fuego que trujo á ti lo pasa;
 Que *Ignacio* es *ignis*, y esto lo confirma
 Javier, que en los antípodas se abrasa
 Con sola (2) una centella de tu firma.

La protección no cesa,
 Como á los ojos vemos,
 Que en Roma, por el Padre, te dió el Hijo:
 Que á la misma promesa,
 Aunque antigua, debemos
 Este que hoy celebramos regucijo.
 Irme tras de ti elijo (3);
 Que en Compañía que las armas usa,
 La silla tendré fijo,
 Sin que mi justa quede por confusa,
 Pues que te siguen cojos, sordos, ciegos,
 Que sanaste, inclinado de sus ruegos.
 ¡Oh! yo seré tu lira, y tú mi musa (4),
 Y aplaudirán con general decoro,
 Mientras mi voz en tu alabanza suena,
 De las virtudes el inmenso coro
 Y de las ciencias la divina escena (5).

(1) En la *Relación*, *llevando*.

(2) En el código sevillano, *Con solo*.

(3) En la *Relación*, *Irme tras tí elijo*, pero falta al verso una sílaba.

(4) En el código sevillano, sin la conjunción.

(5) En las *Flores* de Calderón (1896) puse la siguiente nota á este pasaje:
 «Tanto en el código del Sr. Duque de Gor como en el existente en la Biblioteca
 del Palacio Arzobispal de Sevilla (33,180) se lee:

Y de las ciencias la divina *escueta*.

La enmienda, tal como queda hecha, está anotada en los apuntes del Sr. Quirós
 de los Ríos. También podría leerse, dos versos más arriba:

Mientras mi voz en tu alabanza *vuela*,

y en este caso no habría para qué tocar al último verso de la estrofa.»

Dudoso estoy si cante
 Cuando á tus oraciones
 Temblaba como á trueno el aposento,
 Ó si trate adelante
 De las negras legiones
 Que al Infierno venciste sobre el viento;
 Ó si es de más momento
 Que de tu firma maravillas tantas
 Cuente de ciento en ciento,
 Ó que sobre ti mismo te levantas;
 Ó diré las mercedes que en tu pecho
 La Trinidad beatísima (1) te ha hecho;
 Mas esto quiere tiempo y voces santas.
 Que del fuego de Dios eres esfera
 Cantaré, si esto puede voz alguna,
 Cuyas llamas te encienden (2) de manera,
 Que ardes dentro de l'agua en la laguna.
 Lo que has profetizado
 Callaré por agora,
 Los milagros que obraste en tu gobierno,
 Y que un desesperado (3),
 Con mano vencedora,
 Le quitaste á la Muerte y al Infierno;
 Que por el aire tierno
 Cerco de luz brotaba (4) de tus sienes,
 Ó resplandor interno
 Del Sol, del nombre que en la mano tienes (5),
 Y que cuando Lucina es importuna,
 Defendiendo á los niños cielo y cuna,
 Aun antes de nacer gozan tus bienes,
 Y mayores mercedes adelante,
 Paz en la muerte, y tras la paz, la Gloria;

-
- (1) En el código sevillano, *beatífica*.
 (2) En los códigos granadino y sevillano, *se encienden*.
 (3) En la *Relación*, *Y aunque desesperado*.
 (4) *Ibid.*, *Cercos de luz brotaban*.
 (5) *Ibid.*, *Del claro Sol que de tu mano tienes*.

Porque esto pide trompa, y no discante;
 No breves versos, sino larga historia.
 Nuestra Fe por ti mora
 En la región que guarda
 Lecho al Aurora y monumento (1) al día,
 Por quien, blandiendo agora
 Lauro ó palma gallarda,
 Le renueva en la Gloria tu alegría.
 Tú, que á Alemania fría
 Como espada de fuego te opusiste,
 Tú, que la Compañía
 De Jesús, sancto Ignacio, mereciste,
 Del Cordero que en selvas olorosas
 Se apacienta de lirios y de rosas
 (Selvas (2) donde no llega cosa triste),
 Oye piadoso los devotos ruegos
 Que te enviamos con amor devoto,
 Mientras humea entre dorados fuegos
 En tus recientes aras nuestro voto.
 Canción, que miras con glorioso espanto
 Las nubes inferiores de tu vuelo,
 Muestra el amor que tengo á nuestro Santo,
 Pues con amor nos paga desde el Cielo (3).

AL BEATO PADRE IGNACIO

CANCIÓN

Otra vez en divino fuego envuelto
 Descubre su tesoro el Pirineo,
 Á quien el rico incendio puso nombre;
 Á él corrieron gentes con deseo
 Del metal, que en arroyos iba suelto;
 Que adonde corre el oro vuela el hombre,

- (1) En el código de Sevilla, por evidente yerro, *movimiento*.
 (2) En los códigos sevillano y granadino, *selva*.
 (3) En el código de Sevilla, *nos pagan los de el Cielo*.

Sin que monte le estorbe, mar le asombre.
Mas el grande tesoro y vena rica,
Que este monte nos da de sus vertientes,
Á las últimas gentes
Su inestimable precio comunica.
Pasa las mares, al Japón alcanza,
Al un Indio y al otro da riqueza,
Al Polaco visita, al Chino alegre,
La Scitia helada, la Etiopía negra.
Deste metal recoge la fineza;
De nueva llama siente la pujanza.
De las minas de España es gran probanza
Esta barra, que, en barro mal cubierta,
El fuego hace acrisolada y cierta.

Ya Ignacio de su fuego el nombre tuvo,
Y el valor del talento, si tuviera
El fuego activo: en sus primeros años,
Careció de calor su primavera.
Su luciente metal mezclado estuvo
Con tosca escoria de engañosos daños;
Mas tu rayo descubre desengaños:
Tocas del monte la soberbia cima,
Y resuelto en licor y electro fino,
Con tu fuego divino,
Buen Dios, su precio muestra y grande estima.
Ya corre por España; ya no cabe
En la Francia; ya Italia dél se llena;
Ya de la Palestina besa el suelo;
La mina de oro ya de fuego el cielo
Con su violencia rompe, cuando suena
De la oración el trueno y golpe grave.
La misma Trinidad aquesto sabe,
Que baja de su alta empírea silla
Combatida de Ignacio, que se humilla.

Al mundo tuvo con razón suspenso
El rico ardor y la riqueza ardiente;
Mas no fué la primera deste monte:

De allí bajó Domingo con creciente
Tan grande, que nos dió tesoro inmenso,
Dejando enriquecido el horizonte:
Que el tesoro de España se trasmonte,
Buen testigo es Lorenzo, y toda Roma,
Y el mundo esclarecido con su llama,
Cuando la dura cama
De fuego con su fuego rinde y doma.
¡Feliz terreno, que aun de brava sierra
Los yertos riscos borda en Roma y teje
Con venas de oro ricas y abundantes!
¡Cielo pío, que en rayos tremolantes
Benigno influjo envías, que nos deje
Ilustre la nación, rica la tierra!
¡Fogosas flechas de amorosa guerra,
Para que suba el sol, aunque pesado,
Al lugar de do el fuego fué arrojado!
El saltador que en gruta pedregosa,
Ó en fuente de alabastro sostenida,
Suspende su cristal con violencia,
En tal altura esparce la subida
Cuanto fué la bajada impetuosa,
Por cierta natural correspondencia.
De su fuego nos dijo esta sentencia
El que le trajo al mundo porque ardiese,
Que una copiosa fuente nacería,
Y al cielo saltaría,
En aquel que su gracia recibiese.
Al mal incendio es agua; al yelo, fuego;
Saltador que sustenta en alto el peso,
Pieza que arroja su dorada bala
Al cielo, ¿cuál ardiente tiro iguala,
Ignacio, al fuego que te vuela preso,
Entre tu libertad y tu sosiego?
Tu luz me ofusca ya, en tu mar me anego;
Perdido he pie; la vista se me acorta;
Mal corta el agua quien se ciega y corta.

Tú, por la extraña fuerza que te hizo
Escarlar las estrellas, dar asalto
Al cielo, y con tu oro batería,
Dame que de tu mar llegue en un salto
Á ver cuánto en el cielo satisfizo
Tu ardimiento, valor y gallardía.
¡Ay, Dios, gran premiado de valentía,
Tu ciudad, de quien dicen grandes cosas,
Que tiene de oro muros, plaza y suelo
(Si suelo hay en el cielo),
Puertas de sendas perlas, de preciosas
Piedras, aquellos doce estribos fuertes,
Hace con este oro grande fiesta.
Pónesle en tu corona por asiento;
Quieres que tu Vicario muy de intento
Le asiente en la tiara que trae puesta,
Y á tu culto y estima nos conviertes:
Con tales tiros, tan preciosas muertes
Has hecho, desde el tiempo que bajaste
El fuego con que el mundo reformaste.
¿Qué tierras mira el sol que los trofeos
De Ignacio no levanten, cudiciosas
De celebrar sus ínclitas hazañas?
Cayeron las memorias ambiciosas
Que Pompeyo asentó en los Pirineos,
Teniendo por sujetas las Españas;
Mas éstas en las partes más extrañas
Vivirán, de aquel fuego sucesoras
Que ardía siempre en el sagrado pecho,
Y lucía en el hecho
Sacando de sus daños sus mejoras.
Haberse en todo el mundo dilatado
Colegios, residencias, probaciones,
Mártires, confesores, catequistas,
Cuantos nos ponen ya las nuevas listas,
Cuantas fundadas ven varias naciones,
¿De dónde pensaré que ha resultado?

Con las persecuciones han medrado;
Que el fuego grande con el viento crece
Y con el fuego el oro resplandece.

Canción, mal disimulas tu pobreza
Con todo el oro de que vas cargada;
Mas el pobre con ropa ajena luce.
Anda (pues me importunas) confiada;
Que el fuego puro que te da viveza
No es ajeno, pues tal amor produce.
Ofrecer fuego ajeno es peligroso;
Que el incensario siempre fué precioso.

Á SAN IGNACIO

Al nombre suyo le ha hecho
Jesús un templo y palacio
Del pecho de Sant Ignacio:
Tal, Ignacio, es vuestro pecho.
Ya, en fuego de Dios deshecho,
Pagáis tan alta afición,
Pues al divino halcón
Que con vuelo soberano
Se os ha venido á la mano,
Cebáis con el corazón (1).

¡Oh más claro que el topacio!
Por el gozo que me toca,
Dejad que llene mi boca
De vuestro nombre de espacio.
Sancto Ignacio, Sancto Ignacio,
Que á la Fe y la Caridad
Dais un mundo por ciudad,
Yo os ofrezco el alma mía;

(1) El código granadino, *en el corazón*.

Que cuanto no es Compañía
Es desierto y soledad (1).

Un Pablo en vuestra persona
Contemplo: tal en la guerra
Os miro tendido en tierra,
En el cerco de Pamplona;
Ya se os labra la corona
Entre esas heridas dos,
Pues ya al mundo olvidáis vos
Al golpe que en vos se ve;
Que es bien se sienta de un pie
Jacob, en mirando á Dios.

Y no fué sin fundamento
El haberos derribado,
Pues os vistes levantado
Ocho días por el viento.
Fué la humildad el cimientó
Y la caridad el vuelo;
Que es de Dios, sumo consuelo,
Ya condición conocida
Que de una buena caída
Levanta al tercero cielo.

Por medio de la lección
Dios mostró en vos su bondad;
Que os llevó á la soledad
Y allí os habló al corazón.
Ya tratáis de devoción;
Que la lección que leéis
Muy de coro la tenéis:
Ya el corazón os penetra;
Que entró con sangre la letra,
Y así, no la olvidaréis.

Alzóse con afición
Con la cruz de Cristo Andrés;

(1) Esta décima y las tres siguientes faltan así en el código granadino como en el sevillano; pero están en la *Relación de la fiesta que se hizo en Sevilla á la beatificación del glorioso San Ignacio*.

Magdalena, con los pies;
Bernardo, con la pasión;
Gertrudis el corazón
Llevó, y porque más asombre,
Las llagas, un ángel hombre;
Y vos, Ignacio sagrado,
Que á la postre habéis llegado,
Os alzastes con el nombre.

Hurto fué de estimación,
Y aun agora á los cristianos
Que ya os miran á las manos
Les robáis el corazón;
Mas viendo yo ese blasón
Á vuestra puerta, diría:
«Jesús vive aquí y María;
Y el nombre que aquí se enseña
Se lo dan por contraseña
Á toda la Compañía» (1).

La mayor gloria divina
Cien mil veces repetís,
Y á esa gloria á que acudís (2)
Vuestro curso se encamina.
¡Oh vos, de Vizcaya fina
Aguja que nos guiáis,
En esa gloria os tocáis,
Que es de la imán la cabeza,
Y así con tal ligereza
Al Norte lo enderezáis.

Pedro, de quien sois sigundo,
Plantó la fe como cedro,
Y vos, hijo de Sant Pedro,
La trasplantáis á otro mundo.
Vuestro consejo es profundo,
Pues con acuerdo divino,

(1) Esta décima falta en la *Relación de la fiesta*.

(2) En la *Relación, que decís*.

Para tan largo camino
Tomáis el Norte en la diestra,
Para salir con la vuestra,
Como hidalgo vizcaíno.

Viento en pópa, mar bonanza,
Sulcáis el mar de victoria,
Á las Indias de la Gloria,
Cabo de Buena Esperanza;
Ya la noche no os alcanza
Con la luz de ese farol,
Porque sois, santo español,
Águila que al sol miráis,
Y á vuestros (1) hijos probáis
Á los rayos de ese sol.

Esfera del soberano
Fuego sois, pues hace arder
Al seráfico Javier
La firma de vuestra mano.
Con ella se abrasa ufano;
Que Ignacio es *Ignis* ardiente (2);
Y Javier (3), que arder se siente,
Aparta el vestido della,
Y con sola (4) esta centella
Puso fuego á todo Oriente.

Milagros hicistes cuantos
Convertistes corazones,
Y vuestras constituciones
Son otros milagros tantos.
¡Oh ilustre santo entre santos!
Vuestros milagros hoy día
Ya han vencido á la porfía,
Y agora tantos hacéis

(1) En la *Relación*, *Y vuestros*.

(2) *Ibid.*, *Porque Ignacio es fuego ardiente*.

(3) En el código granadino, sin la conjunción.

(4) En el sevillano, *solo*.

Cuantos hijos vos tenéis (1)

En toda la Compañía.

No hay poblados, no hay desiertos.

Ignacio, que no hayan visto

Que dais, en virtud de Cristo,

Pies á cojos, vida á muertos.

Por vos, los ojos abiertos,

Las colores conoció

El ciego que nunca vió,

Y aquel que primero vía

Volvió á ver la luz del día,

Que por vos le amaneció.

Pero ¿de qué enfermedad

No llevaréis, sancto, palma;

Si enfermedades del alma

Hallan en vos sanidad?

Publiquen esta verdad.

Nuestro bien y la experiencia,

Pues la más mala conciencia

Á quien vuestra mano toca

Le hacéis echar por la boca

El mal, con la penitencia (2).

Ninguno el ánimo enfrene;

Que no os pidan gloria en vano,

Pues tenéis de vuestra mano

Al que de su mano os tiene.

Viene Ignacio y Jesús viene,

Padre, compañero y guía;

Pues ninguno se desvía

Del otro, por su interés,

Ya podremos decir que es

Jesús de la Compañía (3).

(1) En el código sevillano, *hoy* tenéis.

(2) En los códigos sevillano y granadino, *por* la penitencia.

(3) En la *Relación*, de esta manera:

Padre y compañero y guía,
Y pues que no se desvía
De Ignacio por su interés,
Ya podemos decir que es...

¡Oh vos, que seguís las huellas
 Del Cordero con mil almas,
 Blandiendo cetros de palmas
 Por esas regiones bellas!
 Vestís luz, pisáis estrellas;
 ¡Oh Ignacio! á la devoción
 Que os ofrece esta canción (1),
 Inclínad el cetro y luz,
 Y un rayo de ese Jesús
 Le enviad al corazón (2).

Á NUESTRA SEÑORA DE ARCHIDONA

Farol de esta comarca,
 Luz de Archidona,
 Virgen madre de Gracia
 Virgen toda graciosa,
 Tu nido en alto tienes,
 Blanca paloma,
 Tan alto, que parece
 Escala de la gloria.
 Tú del Sol eres madre,
 Rosada Aurora,
 Privilegiado Oriente
 No ultrajado de sombras;
 Países extranjeros
 Tu gracia invocan
 Y tu amor solicitan
 Lejas palmas devotas,
 Donde en saraos y justas
 Almas gloriosas

(1) En el *códice* de Granada, *oración*.

(2) En la *Relación* la poesía acaba en la décima anterior, y ésta, por tanto, falta.

Enristran blancas palmas,
Calan yelmos de rosas.
Allí'oyes que te llama
Gente remota,
Despachas sus gemidos;
Su llanto en risa tornas.
Luego, por ver tu casa,
Ya sin congoja,
Deslindan los caminos
Agradecidas tropas,
Y allá do el Euro bravo
Vuelca las ondas,
Le arrebata al piloto
Tu nombre de la boca;
Y mientras corajoso
Los pinos troncha,
«Virgen de Gracia» suena,
Y el peregrino votan,
Respetá el viento el nombre,
Y en aura sopla,
Y tus paredes visten
Tablas y húmida ropa.
También cuando con saña
Hierva Belona,
Bebe la arena sangre,
Hacen las flechas sombra,
Entre rayos de plomo,
Truenos de trompas,
Quien se arma de tu nombre (1)
Desprecia las pelotas.
Por ti los pies atados
Sus pasos cobran,
Y á los ojos sin día
Concedes ver las cosas.
Defraudas á la muerte
Varias victorias,

(1) En el códice granadino, á tu nombre.

Y á los demonios quitas
Las que hurtaron joyas.
Por eso tu alabanza
Las lenguas brotan
Y en tu casa agradecen
Los que de gozo lloran.
Cuando rubias aristas
Quiebran en ondas,
El labrador te escoge
La más lucida copia.
Para tu humilde casa
Nápoles borda,
Teje damasco el China (1),
Y el Mauritano alfombras.
¡Oh Virgen, reina mía,
Que de mi roca
Me llamaste á tu casa,
Á dignidad de escoba!
Fiesta harán mis versos
Para memoria,
Porque no estimo en tanto
Triunfo y laurel de Roma.

PSALMOS

I

Pregona el firmamento
Las obras de tus manos,
Y en mí escribiste un libro de tu ciencia;
Tierra, mar, fuego, viento
Publican tu potencia,
Y todo cuanto veo
Me dice que te ame

(1) En el códice de Granada, el *Chino*.

Y que en tu amor me inflame;
 Mas mayor que mi amor es mi deseo.
 Mejor que yo, Dios mío, lo conoces;
 Sordo estoy á las voces
 Que me dan tus sagradas maravillas
 Llamándome, Señor, á tus amores:
 ¿Quién te enseñó, mi Dios, á hacer flores
 Y en una hoja de entretalles llena
 Bórdar lazos con cuatro ó seis labores?
 ¿Quién te enseñó el perfil de la azucena,
 Ó quién la rosa coronada de oro,
 Reina de los olores,
 Y el hermoso decoro
 Que guardan los claveles,
 Reyes de los colores,
 Sobre el botón tendiendo su belleza?
 ¿De qué son tus pinceles,
 Que pintan con tan diestra sutileza
 Las venas de los lirios?
 La luna y el sol, sin resplandor segundo,
 Ojos del cielo, lámparas del mundo (1),
 ¿De dónde los sacaste,
 Y los que el cielo adornan por engaste
 Albos diamantes trémulos?
 ¿Y el que buscando el centro tiene fuego (2)
 Claro desasosiego?
 ¿Y el agua, que, con paso medio humano,
 Busca á los hombres, murmurando en vano
 Que l'alma se le iguale en floja y fría?
 ¿Y el que, animoso, al mar lo vuelve cano,
 No por la edad, por pleitos y porfía,
 Viento hinchado que tormentas cría?
 Y ¿sobre qué pusiste
 La inmensa madre tierra,

(1) En el códice de Sevilla, *ojo del cielo y lámpara del mundo*.

(2) ¡Desaforada transposición! Traducámosla: «¿Y el fuego, que buscando el centro, tiene...»

Que abraza montes, que provincias viste,
 Que los mares encierra
 Y con armas de arena los resiste?
 ¡Oh altísimo Señor que me hiciste!
 No pasaré adelante:
 Tu poder mismo tus hazañas cante;
 Que, si bien las mirara,
 Sabiamente debiera de estar loco,
 Atónito y pasmado desto poco.
 ¡Ay! tu olor me recrea,
 Sáname tu memoria,
 Mas no me hartaré hasta que vea,
 ¡Oh señor! tu presencia, que es mi gloria.
 ¿En dónde estás, en dónde estás, mi vida?
 ¿Dónde te hallaré? ¿Dónde te escondes?
 Ven, Señor, que mi alma
 De amor está perdida,
 Y Tú no le respondes;
 Desfallece de amor y dice á gritos:
 «¿Dónde le hallaré, que no le veo (1),
 Á Aquel, á Aquel hermoso que deseo?»
 Oigo tu voz y cobro nuevo aliento;
 Mas como no te hallo,
 Derramo mis querellas por el viento.
 ¡Oh amor! ¡Oh Jesús mío!
 ¡Oh vida mía! recibid mi alma,
 Que herida de amores os la envío,
 Envuelta en su querella.
 ¡Allá, Señor, os avénid con ella!

II

Levanta entre gemidos, alma mía,
 El grito afectuoso,
 Pidiendo amor, pues Dios te lo ha mandado,

(1) En el código de Sevilla, *lo* ambas veces, y no *le*.

¡Oh mi esperanza, oh gloria, oh mi alegría,
Oh mi Esposo gentil, oh dulce Esposo,
Querido mío, amante regalado,
Más florido que el prado!
Ven, ven, no tardes; ven, sabroso fuego;
No tardes: luego luego
Tu rayo me deshaga;
Sienta mi corazón la honda llaga
De tu saeta ardiente.
El generoso vino, alegremente,
De tu botillería
Robó mis ojos de la luz del día;
Robóme los sentidos
Y, con gloriosa libertad perdidos,
Ni yo me hallé en mí, ni en mí está l'alma,
Que agora pide fuego.
¿Cuándo me veré ciego,
Que Tú veas con mis ojos?
¿Cuándo, fuera de Ti, serán abrojos
Los jazmines de Mayo?
Rómpeme el pecho con ardiente rayo;
Anégame y escóndeme en tus llamas;
Hazme, Señor, contigo un mismo espíritu.
Amado, amado mío,
En Ti, Señor, confío:
¿Por qué, si el cielo abrasas y la tierra,
Fuego bravo y súave,
Dejas mi corazón helado y frío,
Y, hinchendo (1) las tierras y los cielos,
Estoy de Ti vacío?
Tú que los campos vistes
De ingeniosas libreas,
De azules violas y dorados lirios,
Tú que en amor los pájaros recreas
Y á las chicas hormigas

(1) En el código de Granada, *hinchendo*.

Concedes el honor de las espigas,
 ¿Por qué de mí te olvidas, pues me olvido
 Por Ti, pues, por hallarte, voy perdido?
 Ven; no por mí, por tu piedad te llamo;
 Que, como ausente tórtola
 En seco estéril ramo,
 Con mi llanto grajeo (1) y solícito
 La dulce vista del esposo ausente,
 Ó cual herido ciervo que á la fuente
 Corre y desea en el calor estivo
 Las vivas aguas con aliento vivo,
 Así mi alma, con afecto ardiente,
 Desea de hallarte.
 Tarde he venido á amarte:
 Tarde te conocí; tarde he llegado;
 ¡Triste del tiempo triste que he tardado,
 Mi Dios, sin conocerte, pues estabas
 Dentro de mí, y de fuera andaba errado,
 Buscándote en las cosas!
 Mas ninguna á pedirte me acobarde
 Que no me dejes, aunque vengo tarde.

A DIOS, EN UN TRABAJO

Esforzad vuestro rigor,
 Animaré mi sufrir;
 Que es grande afrenta sentir
 Poco mal por tanto amor.
 Mas si á manos del dolor
 Feneciere mi paciencia,
 Nacerá vuestra clemencia
 Del dolor y mi pasión,
 Y en mi boca y corazón
 (2)

(1) *Granjeo*, en el código de Sevilla.

(2) Falta el último verso de la décima en el código sevillano, único en donde se encuentra esta composición.

Si como dais el tormento
Dais el sufrir y callar,
¡Más padecer y penar!
¡Más silencio y sufrimiento!
Si penas llevan contento
Como las flores hermosas
Brotan ramas espinosas,
Ningunas penas desecho:
Espinas puncen el pecho
Y den á la frente rosas.

Si en este golfo profundo
La tormenta más cruel
Saca más presto el bajel
De entre las olas del mundo,
En buena razón me fundo
Para amar un desconcierto
Que, si al cuerpo deja muerto,
Lleva con gloriosa palma
En claros triunfos al alma
Á tomar seguro puerto.

Corran por mí del acero
Los filos en esta vida,
Y en la llama más crecida
Me venga el día postrero.
Los filos y llamas quiero,
Con tal que en la eternidad
Vuestra clemente bondad
Trueque al Juez en amigo,
Y en indulgencia el castigo
De mi atrevida maldad.

A SAN ACACIO

CANCIÓN

El triunfo es éste y éstos los cantares
Que debe la piedad á tu memoria,
¡Oh santo! premio de la voz triunfante;
Hoy arde el sacro incensio en tus altares,
Donde se guarda tu inmortal memoria
Impresa en lisas cartas de diamante.
Tú eres aquel que, en ánimo gigante,
Oprimiste con yelmo tus cabellos,
Y, abriendo pechos y cortando cuellos,
Sudar hiciste el campo sangre negra
En la guerra de Flegra,
Cuando en tu nombre el escuadrón luciente
Salió rompiendo por los aires puros
Del caustro (*sic*) eterno de invencibles muros,
Y ceñidos de lumbre entre tu gente,
En el conflecto (1) alegremente fiero,
Se olvidaron las lanzas en la mano,
Viéndote dar entre el contrario acero
Luz al sol, miedo á todos, sangre al llano.
Y tú, después del noble vencimiento,
Merced del cielo á tu valiente lanza,
De Dios el nombre se halló en tu boca.
Y admirando tu gente, en grave acento
Diste de otra victoria otra esperanza,
Que así á furor católico provoca
Fuertes varones, á quien Cristo toca
Con bien amigos fuegos nuestras almas.
«Mirad, mirad los lauros y las palmas
De que están esos cielos enramados;
Ved los aires delgados

(1) En el código sevillano, *confleto*.

Mil luces sustentando en sus espaldas;
Y, si la vista humana tanto sube,
En los senos de aquella rubia nube
Mirad tantas coronas y guirnaldas,
Honor de los jardines de la Gloria;
Este premio, esta palma y este vuelo
Es vuestro, si le da vuestra victoria
Honra á Dios, luz al mundo, triunfo al cielo.

»Mirad de azules y encarnados jaspes
Arcos soberbios de gentil tesoro,
Antes del Capitolio, en ancha planta;
Ved, sobre bordaduras de giraspes,
Ir blanqueando entre celajes de oro
Los cortesanos de la Corte Santa;
Este triunfo al de Roma se adelanta:
Porque el triunfo de Roma lisonjera
Es cual caduca flor de adormidera,
Que en medio de sí misma no parece;
Aquí Dios se merece;
En su nombre agostemos nuestras venas
Y hagamos sepulcro á nuestros huesos
Entre estos elicrisios y cantuesos,
Cerrando el paso al daño de otras penas.»
Dijo así, y encendió en los corazones
Coraje santo y fervoroso brío,
Y el tronido inmortal destas razones
Tuvo al sol, prendió al viento, paró al río.

Mas huyeron el río, el sol y el viento
Viendo lucir las armas enemigas
Contra la gente apenas bautizada,
Que con duro y nefando atrevimiento,
En tropa como escuadras (1) de hormigas,
Vienen jugando piedras, no la espada.
Mas, viendo la defensa no mirada
Que el Cielo hace, á cruces los condena

(1) En el código granadino, *escuadra*.

César furioso; mas la dulce pena
Abrazan los ilustres militantes,
Y los pechos constantes
Dan al rigor, al palo las espaldas;
Y mientras que del aire están pendientes
Con indignas coronas en las frentes,
Ven bajar de los cielos las guirnaldas
Fin de su pena, y en acento tierno
Oyen la voz que á Gloria los convida;
Que por su sangre, bien que premio eterno,
Ganan paz, pierden muerte, cobran vida.

 Mas después que vencidos los combates,
Las nobles almas de prisiones hondas
Volaron libres, sin temor de guerra,
Sus vados enturbió el vecino Eufrates,
Y el mar con altas corajosas ondas
Azotó los escollos y la tierra,
Y el gran peñón que sus cavernas cierra
Desquiciaron, huyéndose, los vientos.
También los tenebrosos movimientos
Dieron sus sombras á la luz del día (1),
Mientras que la alegría
Triunfaba en la región de las estrellas,
Yendo marchando el escuadrón divino
Por el camino donde no hay camino,
Hasta llegar á las portadas bellas
Del gravemente claro Capitolio,
Donde vive el honor de la victoria;
Que entrando donde está el celeste Solio
Ven á Dios, toman cielos, gozan gloria.

 Tú, de olivares pálidos honrado,
Que esta fiesta celebras, padre Betis,
Con más piedad que el babilonio Eufrates
Contra el querer de Ganje desterrado,
Mientras sus aguas caudalosas trates,

(1) En el códice de Sevilla, *al azul* del día.

El oro de tu orilla en más quilates
Será estimado, pues así celebra
El capitán Acacio, cuya suerte
Lejos del tiempo y libre de la muerte
Vivirá en tanto que l'aurora fría
En sus cabellos de oro traiga el día
Y mientras diere el que la luz gobierna
Dulce amor, santa paz, quietud eterna.

Á SAN JUAN BAUTISTA, EN LA FIESTA DEL SACRAMENTO

Voz que en el desierto canta
Con nuevo tono y modelo,
Pues que llegáis hasta el cielo
Con un paso de garganta,
Dad voces con fuerza tanta,
Que detengan el Jordán;
Mirad no hagan San Juan
Las guardas deste sembrado;
Que el Cordero señalado
Diz que se ha entrado en el pan.

Á SAN JOSEPH

EPIGRAMA

De Egipto venís, gitano;
No hay alma con Vos segura,
Mientras su buena ventura
Le mostráis en vuestra mano.
. (1)

(1) Así en el códice de Granada como en el de Sevilla falta el quinto verso de esta décima.

Delante de Dios se ve
 Que venís, ó yo no sé,
 Si ya no es por el consejo,
 Joseph, por qué os pintan viejo,
 Pues que sois mozo de á pie.

Á LAS LÁGRIMAS DE SAN PEDRO

CANCIÓN

Planta que vence al cedro,
 Á cuya sombra medro,
 No por tanto regar te seques, planta;
 Lloroso Pedro santo,
 No des licencia al llanto
 Que anegue cimbra (1) y planta.
 De nuestra Iglesia Santa
 ¡Oh noble viejo triste!
 Piedra en quien (2) se quebranta
 La onda que te embiste,
 Templá el alto consejo;
 Que es el dolor valiente, y tú eres viejo.
 Ya confiesas gimiendo,
 Si negaste temiendo;
 La lengua satisfaces con los ojos;
 Lloras virtiendo el daño
 Del no mirado engaño,
 Con mirados enojos
 Ó bien claros antojos
 Que aumentan el delito;
 Mas no ven los despojos
 Que con tu llanto ha escrito
 El dolor tristemente,
 Por estar en el alma y en la frente.

(1) En el códice de Sevilla, *cimbria*.

(2) *Ibid.*, en *que*.

¿Á tu barba de nieve (1)
El coraje se atreve?
¡Oh piadosa crueldad! limita el fuego;
Porque no en breve abraze
Al alma, el furor tase
Con el piadoso riego;
Mas ¡oh turbia corriente,
Que con violento ruego
Fuerzas la llama ardiente!
Niégate á aquesa fragua;
Que ya crecen los fuegos con el agua.
¡Oh bien pintado ejemplo,
Al fresco, en nuestro templo,
De amor, de penitencia y valentía!
En ti contemplo un viejo
De sañudo entrecejo,
Que en sangre anciana y fría
Ardientes iras cría,
Y en l'alma enamorada,
Cual lo fuese la mía,
De saeta dorada
Traspasado y de enojos (2),
Virtiéndolo los dolores por los ojos.
Cueva erizada de ovas,
Que en tus hondas alcobas
Se quiebran altamente sus gemidos
En pardas tobas frías,
Pues con su llanto crías
Tus húmidos vestidos,
Esas que pierdes quejas
Guarda, y los alaridos
Que despreciados dejas;
Que un alma arrepentida
Te comprará su precio con su vida.

(1) En el códice sevillano, ¿A ti, barba de nieve.

(2) *Ibid.*, de inojos.

SOLEDAD DE PEDRO DE JESÚS, PRESBITERO

¡Quién te diera volar con plumas de oro,
 Que David deseó, que batió Arsenio,
 Á estas mis soledades, Heliodoro,
 Cristo en Sión, no Venus en Partenio!
 La capa á Putifar, la sombra al toro,
 Deja, y huye en talares de Silenio
 La ostentación, el oro y las mujeres,
 Pues tanto vencerás cuanto huyeres.

¿Qué Circe en forma vil tu pie divierte,
 Yendo á la muerte cierta y mal sabida?
 Al sepulcro las lágrimas convierte,
 Pues cuanto vives pierdes de la vida.
 Nueve meses comido había la muerte,
 Cuando naciste, de tu edad florida,
 Y menos vivirás cuanto más vives,
 Dando en manos de médicos caribes.

Yo aquí, á la orilla, Heliodoro hermano,
 Pues padeció naufragio mi navío,
 Sirvo de señalarte con la mano
 La sirte, en tu escarmiento y daño mío.
 Del padre de los monstruos, Oceano,
 Ya rápido, ya atado en yelo frío,
 Viejo avaro, ligero te remontes (1),
 Ya en una religión, ó ya en los montes.

Encrespe el mercadante en corvo pino
 Las tablas de cristal en mar extraña,
 Y, abriendo senda donde no hay camino,
 Ultraje las espumas de su saña;
 Despliegue en puertos de la Aurora el lino,
 Ó donde el sol sus trenzas de oro baña,

(1) Como advertí en la biografía de ESPINOSA, nota de la pág. 226, *te remontes* está dicho por *remóntate*: el subjuntivo por el imperativo, de uso algo frecuente en los siglos XVI y XVII.

El Austro beba, ó brisas de Calisto,
No quiero más que soledad y Cristo.
¿Qué es esto, Cristo mío? ¿Yo en regalo,
Vos, anegado en un turbión de enojos,
Cosido con tres garfios en un palo,
Yo buscando lisonjas á mis ojos,
Yo en opinión de bueno, y Vos de malo,
Yo corona de rosas, Vos de abrojos...?
Mis pasos recordad: de culpa salga;
Camino os siga; vuestra Cruz me valga.

Convierte ya la vista cudiciosa,
En tiernas tibias lágrimas deshecho,
Á esta tabla de flores, pues hermosa
Á las pías de Juno ha contrahecho;
Mira marchita la cerviz de rosa
Y, entre claveles, blanqueando el pecho
De un mancebo que yace al aire frío,
Bellísimo á mis ojos, ¡Cristo mío!

Mira cárdeno lirio el rostro santo,
Y el tirio carmesí del lado abierto;
¿Grita el león, y el hijo duerme tanto...?
Plega el lino al abrigo deste puerto:
Ven, llora aquí tus culpas con su llanto,
Y al que mataste vivo, abraza muerto,
Tal, que estos montes te parezcan rojos,
Como quien, viendo al sol, lloran los ojos.

Profese Italia palmas de Vitrubio,
Francia telares, y el Persiano pompa;
Rompa yelos del mar el Anglio rubio,
Y España á Potosí las venas rompa;
Vuelque sobras de mesas el Danubio;
Que, cuando aliento el Ángel dé á la trompa,
Lo que han sembrado cogerán; y advierte
No ames cosa que dejes con la muerte.

Ven y verás por estos valles frescos
Ensortijados lazos y follajes
Y, brillando, floridos arabescos

Prender espigas, trasflorar celajes;
Estofados subientes de grutescos
Arbolando cogollos y plumajes;
Prósperos tallos de elegantes vides
Trepando en ondas el bastón de Alcides.

Cuando en carro de rosas venga el día,
Aquí cantando himnos te levantas
Y á los aires trasladas tu armonía,
Trebejas con la arpa y psalmos cantas,
(¡Oh dulce solitaria compañía
De Cristo! ¡Oh fértil riego de sus plantas!),
Con ojos más mojados que traviosos,
Cogiendo gracias mientras siembras besos.

Será el flojel la felpa de la grama,
Á los arrullos de la fuente fría,
Y el pabellón y sargas de la cama,
Festones de cambiante argentería .
Del sol no temas la redonda llama;
Que en dulce sueño, aunque le pese al día,
Te guardará el laurel que no recuerdes,
Poniendo meta al sol con lindes verdes.

En desiguales cuadras de una gruta
Do el culantrillo y musgo en barbas medra,
De aradas conchas y de tela bruta
Viste rico gabán de tosca piedra.
Aquí te irás á una alcobilla enjuta
Que el pavimento es jaspe, el tapiz yedra,
No respirante veninoso tuho,
Aunque en sus arcabucos mora el buho.

Cuando tu huerto, ya sin sol, regares,
Brindándole á las eras la bebida,
El gusto cebarás en los manjares
Y rendirás la hambre á la comida.
Mil pasos entre calles de azahares
Al rosario darás por despedida,
Y sembrarás jaculatorias santas,
Más regados tus ojos que las plantas.

Con pie curioso, por los verdes valles,
Construyendo períodos de parras,
El guarnecido arroyo de entretalles
Verás, en trenzas de cristal, bizarras
Varas trepando inexplicables calles
Volcar su arena lo que el indio en barras,
Y seguirás la margen de sus yerros,
Ciñiendo en breve anillo muchos berros.

No falta aquí contra el azul zelidro
La bazahar, dos veces extranjera,
Ni la aserrada pempinela y cidro,
Betónica montés, vulgar cidrera.
En corcho sí, no en veneciano vidrio,
Conserva esconderás de escorzonera,
Y el dítamo pisado y la carlina
Búrlate de Cerasta peregrina.

No por la cuesta repitiendo huellas,
Mas pisando eliocrisos por tapete,
Sube á una roca que presuma estrellas,
Desta sierra turqués azul copete.
Concédanse á tus ojos selvas bellas;
Rompe en abeto el mar sin pagar flete,
Y siendo superior de cosas grandes,
Habrás visto pintado vivo á Flandes.

Ámbar hurtando de tu huerto al viento,
Con el peso las ramas humillando,
Nectáreo honor disfrutarás contento,
Los riegos en almíbares cobrando.
Luego reducirás al pensamiento
Lo que disfrutó Adán, Cristo ayunando,
Ó si te agrada más, un Niño en fajas,
Fruta del nuevo Adán, madura en pajas.

Quando el líquido pie prendiendo al río,
De carámbano se armen los Triones,
Los tueros que enviaste en el estío
Ayudarás con soplos y tizones;
Extranjero del mundo, y más del frío,

Pagarás las que debes devociones,
 Á ti contento, mariposa al ceño,
 Al cuerpo leche y á los ojos sueño.

Y cuando ya la noche envuelve en sombra
 Las cosas, siembra estrellas, llueve espanto,
 Y en alto horror aun el silencio asombra,
 Que la corneja ofende con su canto,
 Libre del sueño que el beleño escombra,
 Á cantar mis maitines me levanto,
 Y luego, de la Virgen, mi esperanza,
 Tal concierto en mi lira su alabanza:

«Virgen hermosa que, del sol vestida,
 Privilegiáis de lumbre á las estrellas,
 De flores al Abril, de honor las flores,
 Y siendo de los ruegos conocida,
 Á limitar presides las querellas
 Y á terminar con gozo los dolores;
 Propicia á los clamores
 Acomoda el oído á tu alabanza,
 Mientras los serafines que al pie tienes,
 Colmadas de oro las nevadas sienes,
 Gozan tu gloria, que su vista alcanza,
 Y, armados de jazmines,
 Honor de los jardines,
 Calan yelmos de rosa, enristran lauras,
 Embrazan resplandor, anhelan auras,
 Combaten dulcemente
 Bien fijados agravios,
 Y, en premio, ven, al rayo de tu frente,
 Derramada la risa por tus labios.

»Antes que, como sarga de giraspes,
 Dios desplegase el cielo en los coluros
 Y la invisible pluma atase al viento,
 Y antes que el suelo en remendados jaspes
 Tendiese, y antes que severos muros

Diese de arena floja al mar violento
(Sin dejar su aposento
El cristal fugitivo de la fuente),
Y el monte ufano en verde pesadumbre
Estorbase á la luna con su cumbre,
Y aún, en sombra inorante, las liciones
Del sol, llamas hermosas,
Descansaban ociosas,
Cuando eras preservada y elegida,
¡Oh en las corrientes árbol de la vida!
¡Oh autora del consuelo,
Á quien siguen las almas,
Pisando ahora estrellas en el cielo,
Blandiendo lauros y arbolando palmas!
»Á ti vuelan con plumas de esperanzas,
En los peligros, los primeros votos,
Y en las fatigas, los primeros llantos,
Y el gozo, con primeras alabanzas,
Con tiernos ojos y con pies devotos,
Paga promesas á tus templos santos;
Y forasteros cantos
De extranjero país de lengua extraña
Retruenan por sus bóvedas y hueco,
Multiplicando tu alabanza el eco,
Voz que, muda, parleramente engaña,
Y el marinero cuenta
Allí que en la tormenta
Su nao salvaste y que aserró sin riesgo
La pacífica tabla del mar sesgo;
Y el cautivo, oprimido
De enemigas fortunas,
Vela su libertad y, agradecido,
Sus cadenas cautiva en tus columnas.
»Dones admites, granjear te dejas,
Con pomas indias, con pebetes sirios,
Si forasteros, mucho más piadosos,
Y así inoran las flores las abejas,

Y ya, en festones de aligustres lirios,
 Tu templo sufre pesos olorosos;
 Trofeos vitoriosos
 Cubren si es de orden dórica ó corintia,
 Tal, que al que lo visita peregrino
 Ponen meta al deseo y al camino;
 En pendones sin fe, menguante á Cintia
 Ve, y en mortajas frías
 Revocados los días,
 Colgadas en ultraje de la muerte,
 Y en tristes ve en dichosa suerte (1)
 Pintados por despojos;
 Y como halla tanto,
 La cudicia apacienta de los ojos;
 Mas lo que goza el alma paga en llanto.
 »Cuando Marte, de acero y muerte armado,
 En tibia sangre ahoga el polvo oscuro,
 La que el temor al corazón retira,
 Suena tu nombre y, en sudor bañado,
 Vuelve á sonar en labio bien seguro,
 Aunque en ardientes auras lo respira.
 Cual de Arión la lira,
 Fabrica muros mientras más te nombra;
 Plomo, pólvora y fuego defendiendo,
 Rayo, trueno y relámpago estrupendo
 Cubren el sol y destos haces sombra (2),
 De flores, no de llama,
 Virgen, al que te ama;
 Y cuando va á agotar el que le ciega
 Sudor humoso y á la fuente llega,
 Ya la corona halla
 Que tejiste en la Gloria,
 Cuyo laurel da linde á la batalla
 Y desnuda á las armas su victoria.

(1) Así en el estragadísimo texto del códice de Sevilla, único en que se encuentra esta composición.

(2) *Ibid.*, haces llama.

»Concédele consuelo á mis enojos,
Dale serenidad á mis suspiros,
Ceda tu majestad á mi porfía,
Tú, que, llenos de Dios los claros ojos,
Que limitan el precio á los zafiros,
Bebes con ellos del eterno día;
Virgen, Virgen MARÍA,
Que eres Madre de Gracia ahora sienta:
Redime con audiencia mis querellas,
¡Oh fuente de la luz de las estrellas,
De la que calzas luna ilustre afrenta!
Escombra mis lamentos,
Con que ofendo los vientos;
Cámbialos, Virgen pura, en tu alabanza;
No inore tus piedades mi esperanza;
Que si vencer te dejas,
Aumentas tus devotos,
Pues mientras siempre estás oyendo quejas,
Siempre está la piedad pagando votos.

»Canción, pues es tu cuna
La cumbre desta sierra
Que tronar ve inferiores á las nubes,
Do tropiezan los bueyes de la Luna,
No bajas á la tierra;
Que si adelante subes,
Quizá merecerá por tus despojos
Tu solitario el nido de sus ojos.»

Pagado este paréntesis de sueño
En lecho á que el armiño no se atreve,
En lanífera piel, no ecuóreo leño,
Ondosos sueños sulco en urca breve;
Dormido Palinuro, Argos pequeño,
Navego al alba de rosada nieve,
Hasta que con sus lirios me levanto,
A despertar las aves con mi canto.

Abeja hiblia, en vagos desvaríos,
 Mordaz tomillo, azules romerales
 Cala, primero que á la Aurora el río
 Lave el pie azafranado en sus cristales;
 Tal de las tirias rosas el rocío
 De Cristo, dulce humor de mis panales,
 Solicito, y le ofrece mi porfía
 Cuanto pulsare y respirare el día.

Sudor despeña de la alpina frente
 Un risco viejo que en zafir desata,
 Capítulo del curso de una fuente
 Que antes de comenzar se desbarata;
 Y antes que del rigor vía corriente (*sic*)
 Aquí, entre polvos líquidos de plata,
 La calma que llovió el noturno mostro
 Con las cóncavas palmas robo al rostro.

Restituyendo el agua al paño enjuto,
 Que otra vez puede, viejo, ser hilado,
Jam lucis orto sidere en tributo
 Pago, en silla de tréboles sentado;
 Y habiendo en nuevo sol el nuevo fruto
 De mis labios á Cristo presentado,
 Antes de celebrar, mi vago acento
 Tal vuela espumas y navega el viento:

PSALMO

Deste sidonio acanto (1)
 Y estas del prado estrellas
 Coronaré las aras de mi amado,
 Y en sedas de amaranto,

(1) Si por esta expresión hubiera de inducirse que el poeta se refiere á Medina Sidonia, sería preciso dar por cierto que el presente *psalmo* fué añadido años después á la *Solidad*, cuyas alusiones á residir Espinosa en la ermita de Archidona cuando la compuso son tan evidentes como demostré en el capítulo VI del estudio biográfico. Pero no: llama sidonio al acanto, por llamarle originario de Sidón. Ya lo había llamado así en la *boscarcha* dirigida al licenciado Antonio Moreno Vilches.

Cantuesos y mastranto,
Haré cortinas bellas
Que á quanto Mayo brota den cuidado.
Tú, autoridad del prado,
Tú, suma de claveles,
Merecerás las rosas del costado;
Vos, narcisos noveles,
Limitadores de la nieve en ampo,
Iréis de un campo verde á un rojo campo,
Tejiendo en esmeralda
Espléndida guirnalda
Al brocado cabello de mi Cristo,
Trocando la de espinas,
Que brota clavellinas
Al jardín de su rostro, tinto en gualda.
Mas ¡ay, si mis amores
Os respirara, flores!
Pues esta selva verde,
Annal de varia historia,
Del Diciembre vitoria,
Recuerdos son que de su amor me acuerde;
Carta abierta amatoria,
¡Oh Dios de mis entrañas!
Presa de mi memoria.

Por tu amor me ejecutan las montañas:
Dísteme á mí y á Ti por tantas cosas;
Sólo mi amor me pides,
Y el amor no se paga sólo en rosas.
Por el amor, no por las obras mides,
¡Oh vida de mi alma!
Que tanto mi amor quieres,
Que porque te ame mueres:
Honre la palma de tu amor mi palma,
Pues dentro en mí te has puesto,
Porque te ame, conmigo,
Y perdonas de presto,

Mi Cristo, al enemigo,
Porque no tarde ya en amarte amigo.
No cesas de hacer bienes,
Por no cesar de recibir amores,
Pues á los pecadores
Ruegas con el perdón, por ser amado.
Pues de noche y de día,
¿Qué tiene que hacer el alma mía,
Sino en amarte más, y más amarte,
Y, ayudando á la gracia con el arte,
Como Pirodas (?), inventar centellas
Del pedernal que es cárcel de piropos,
Y miel la abeja de las flores bellas?
Cuantos cierzo por cerros hile copos
Y en las dehesas de zafir brillantes
Viere trémulos prados de diamantes,
Tantos amores te daré sin cuento,
Si en polvaredas de agua, oscuro el viento,
Viere olibias (*sic*) de aristas ondeantes.
Te daré, amado Dios, tantos amores
Cuantas hay allí frutas y aquí flores,
Allí priesa de arena, aquí de hojas,
De euros allí, y aquí de ruseñores.



PARTE TERCERA

(1615-1650)

RELACIÓN

DE LA FORMA QUE SE TUVO EN EL ENTIERRO

DE DON ALONSO PÉREZ DE GUZMÁN EL BUENO

DUQUE DE MEDINA SIDONIA

Dirigida á su hijo y sucesor D. Manuel Alonso Pérez de Guzmán el Bueno.

Pues no permite á tus piadosos ojos
El negro luto que los cubre ahora
Más que llorar los fúnebres despojos,
Pues no ves las acciones con que llora
El pueblo á tu gran padre, que en el Cielo
La eterna Causa ya glorioso adora,
Oye ¡oh gran sucesor! para consuelo
De tus lágrimas tristes, la grandeza
Que admira y agradece el patrio suelo.
Llegó con no pensada ligereza
El término fatal de aquella muerte,
Que causa al mundo general tristeza.
Ya goza el noble espíritu la suerte
Inmortal que aguardaba; el cuerpo espera
La tierra, que en sí misma se convierte.

La gran antorcha de la cuarta esfera
Casi en el Occidente se apagaba,
Pálida y triste, de color de cera.

El sacro mar que con sus ondas lava
La playa de Sanlúcar arenosa,
Con lágrimas agora la bañaba.

El aire, entonces mudo, la espantosa
Procesión funeral miraba atento;
Que en todos fué la suspensión forzosa.

Principio daban cinco veces ciento
Soldados, en sus siete compañías,
Al acto triste, al grave sentimiento.

Tú que ordenabas esto y no lo vías,
Porque entonces el rostro nunca enjuto
Con la bayeta del capuz cubrías,

Vestirlos todos de funesto luto
Á tu costa, señor, mandaste luego,
Con traje igual al bélico instituto.

El diestro infante á quien el humo y fuego
Ciega del arcabuz, vuelto le lleva,
De humo y fuego no: de llorar ciego.

La gran Belona aplaude, Marte aprueba
Las picas y banderas arrastradas,
Costumbre antigua, pero pompa nueva.

Cajas con luto, roncadas, destempladas,
Causando horror y sentimiento oíllas,
Entre voces de llanto mal formadas;

Cien pobres con cien hachas amarillas,
Cubiertos con sus loras de bayeta,
Con lágrimas regaban sus mejillas;

Cuarenta colegiales que, en quieta
Vida, en la Caridad á Dios ofrecen
Sagrado culto y oración perfecta,

Se siguen luego; y, como ya carecen
De su señor, con ayes y gemidos
Los más duros peñascos enternecen.

Luego veintiocho hermanos conducidos
De Juan de Dios; de la Victoria, ochenta,
Por su ministro provincial regidos;

Ochenta y seis San Agustín presenta,
Ciento de San Francisco, y otros ciento
Santo Domingo da con igual cuenta.

Ochenta y cuatro clérigos con lento
Y grave paso, á coros entonaban,
Mezclando con la música el lamento.

La Caridad y su capilla alzaban
La dulce voz, y todos, con la cera
Ardiendo, el aire y procesión ornaban.

De cuantas sabe el mar, cada extranjera
Nación, por orden, con su cónsul iba,
Todos con luto y con piedad sincera.

Á todos pasma la grandeza altiva,
La pompa y los principios soberanos
Del nuevo Duque, que mil siglos viva.

Siguiéronse después los ciudadanos
De Sanlúcar, con loras tan cerradas,
Que cubrían cabeza, pies y manos.

Según su antigüedad, representadas
En sus concejos, villas y lugares
Siguen con luto igual estas pisadas.

Caballeros después particulares
De la misma ciudad, en ley y fuero
De la lealtad vasallos singulares.

Después el mayordomo y camarero
Del Duque á quien el ataud encierra,
Del muerto, digo, su señor primero.

El uno y otro su bastón de guerra,
Representando así que tuvo nombre
De digno general de mar y tierra.

Luego, sobre un caballo, un gentilhombre
De la cámara al mundo ejemplo daba
De cuánto es bien que su mudanza asombre.